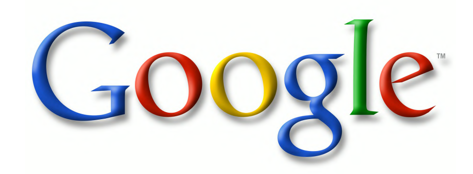
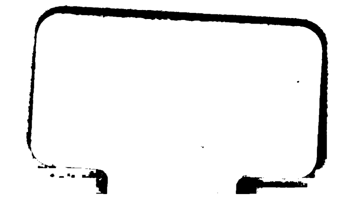

Google


CHRISTO ET ECCLESIAE
VE RI TAS
ACADEMIA HARVARDIANA IN NOV ANG



POESÍAS

DEL



P. HERMENEGILDO TORRES,

DE LAS ESCUELAS PIAS.



JÁTIVA:
IMPRENTA, ESTEREOTIPIA Y ELECTROTIPIA
DE BLAS BELLVER,
IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.
1879.

POESÍAS.

POESÍAS

DEL

P. HERMENEGILDO TORRES,

DE LAS ESCUELAS PÍAS.



JÁTIVA:
IMPRENTA, ESTEREOTIPIA Y ELECTROTIPIA
DE BLAS BELLVER,
IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.
1879.

Á SU MADRE QUERIDÍSIMA,

D.ª MARÍA DE LA CINTA MARTÍNEZ Y BOIX,

VIUDA DE TORRES,

en muestra de su amor filial,

DEDICA ESTOS SOLACES LÍRICOS

El Autor.

AL QUE LEYERE.

I.

Aunque tengo para mí que, desde Aristóteles hasta hoy, no ha existido retórico en el mundo que no haya dado, como de cosecha propia, su definicion de la poesía; cual más, cual ménos, todos convienen, al traves de diversas fórmulas, en que el sentimiento es alma del arte, como la savia del árbol que nos recrea con sus flores. Porque, sin entrar aquí en disquisiciones filosóficas, se puede afirmar que el sentimiento es el foco de la vida humana, donde se condensan todos los hilos de su organismo y todos los rayos del alma. Y, en efecto, «lenguaje del sentimiento» la han llamado muchos; porque la poesía, como las demas bellas artes, saca del corazon, como de mina inagotable, el metal finí-

simo con que forja sus armas. «De espejo,» la han calificado los filósofos, «en que se refleja el mundo corpóreo;» pero espejo que se ve á sí propio, y que siente los admirables fenómenos que en él se verifican.

En este concepto, un libro de poesías es un tesoro de sentimientos, ora tristes, ora regocijados, ya vivos y vehementes, ya lánguidos y apacibles, segun las pasiones que agiten el corazon del poeta. Y si en cada composicion artística, por breve que sea, refleja el hombre la imágen de su corazon, ¿qué podrá decirse de una coleccion de obras artísticas, donde parece venir á concentrarse toda la inspiracion del autor en las diversas circunstancias por que ha pasado en su vida? Por mi parte, confieso que no tomo nunca en las manos un libro de poesías, sin cierto respeto que me nace del fondo del alma, como si tocase un vaso de lágrimas, recogidas allí, gota á gota, en una larga vida de dolores y de infortunios. Ya sé yo que el noventa por ciento de esas colecciones son malas, ó por lo ménos regulares, que, en esta materia, es lo mismo; pero buenas ó malas, eruditas ó populares, las poesías, por lo general, no son especulacion de bolsillos codiciosos, sino manifestaciones generosas del alma.

Ved aquí una circunstancia que añade á mi natural respeto motivos especiales de admiracion, que rayan en asombro; porque,

considerando el carácter de la época presente y los vuelos propios de la poesía, no dejo de maravillarme de ver surgir colecciones poéticas del fondo de esta sociedad, refractaria á los sentimientos del corazon y á las nobles aspiraciones del espíritu. Por eso, he de parar aquí la atencion, al juzgar del mérito de las poesías del P. Hermenegildo Torres, para formar como el marco de este precioso libro con pinceladas de esta época miserable, en medio de la cual se ha escrito y publicado.

Obra de sentimiento, ó, como dije ántes, tesoro de sentimientos elevados y bellos, es admirable que haya salido de la pluma de un sacerdote, que, por las cóndiciones de su sagrado ministerio, ha de conocer á fondo las llagas cancerosas de los tiempos presentes. En los cuales, el sentimiento noble, espontáneo y generoso ha cedido su lugar al cálculo ruin y egoísta, convirtiendo la sociedad en un mercado, donde todo se pesa con la balanza del lucro mercantil y prosaico. Áun los más apasionados por la civilizacion moderna no desconocen que se ha endurecido el corazon de los pueblos, y que hoy sería más difícil que en la Edad Media levantar á Europa á la voz de un monje, inflamarla en ira y entusiasmo, y lanzarla sobre los infieles usurpadores del sepulcro de nuestro Redentor.

En el estado de postracion en que vivimos, sólo nos levantamos para buscar grandes emociones que agiten con violencia el ánimo, y nos hagan sentir ó los fugitivos placeres de la novedad, ó los ruines halagos de la concupiscencia. Acudimos al teatro donde se representan dramas espantosos, que crispan los nervios con la sucesion de sus catástrofes, ó zarzuelas bufas, de que se avergüenzan los libertinos más desalmados. Las artes, en otro tiempo pudorosas y delicadas, han tenido que acudir á esos resortes para *interesar al público*. ¿Queréis saber el grado de decadencia á que han llegado las artes y sobre todo la literatura por ese camino? Pues leed, un día cualquiera, los carteles de los teatros en las grandes ciudades, y pasad luégo la vista por los escaparates de las librerías de moda.

Los empresarios y los editores, en su oficio de llamar al público hacia sus respectivos mercados, apelan á cuantos medios les sugiere la codicia, para *causar efecto*. Éste anuncia un baile nuevo en treinta ó más cuadros, y tiene buen cuidado de enumerar todas las circunstancias de la funcion, deteniéndose particularmente en los trajes y nombres de las *suripantas*; aquél, á la par que dramas patibularios, anuncia el fenómeno de una mujer que vuela, y el de un hombre que se dispara; uno encarece el mérito de sus decoraciones; otro la baratura de sus

billetes; y si se tratá de funciones gimnásticas, no nos contentamos con ménos que con saltos mortales, perfeccionados hasta la barbarie.

La consecuencia natural de todos estos excitantes, y el efecto de emociones tan violentas, es amortiguar cada vez más el sentimiento en los pueblos, reduciéndolos á la vida vegetativa, donde acaban todas las recreaciones del arte. Cuando se compara esta sociedad, que centenares de noches acude á los bailes y pantomimas de los teatros bufos, con aquélla otra que se recreaba en los *Autos sacramentales* de Calderon, llenos de la más alta y sublime teología, siéntese en el ánimo profunda tristeza y abrumador desaliento (1). ¿Cómo puede haber, en medio de tantos horrores, ni literatura ni arte? ¿Qué estimacion pueden merecer los poetas que arrancan á sus liras notas tiernas y apasionadas, para cantar las nobles virtudes del alma, las inmortales glorias de la patria, y las grandezas infinitas de la religion? Por eso dije ántes que me causa admiracion y asombro el ver surgir colecciones poéticas del fondo de esta sociedad positivista y metalizada; y ahora añado que, si estas poesías son de un sacerdote, apartado del mundo por los muros de una casa de religion, mi respeto raya en entusiasmo, áun cuando las poesías no sean com-

(1) Reproduzco aquí ideas que expuse en una serie de artículos sobre los «Síntomas» de la corrupcion social. (SIGLO FUTURO, Agosto de 1877.)

parables á las de Fray Luis de Leon y San Juan de la Cruz. Y mi entusiasmo nace del convencimiento íntimo que tengo de que es imposible que un poeta de tales condiciones no sea hombre de varonil ingenio, de ardiente y viva fantasía, de corazon puro y generoso, de abnegacion sin límites, y de risueñas esperanzas.

No conozco al autor de este libro. Al escribir estas líneas, que, *en horas veinticuatro*, pasan de mi pluma á la imprenta, lo hago por corresponder á las muestras de afecto que, sin conocerme, me dispensa, y por acceder á su ruego, dejando correr la pluma por el papel sin plan fijo y determinado. He leído el tomo de poesías, y estampo aquí mis impresiones, sin que soliciten mi juicio ni la alabanza ni el vituperio.

El P. Hermenegildo Torres se me ha revelado en estas páginas como verdadero poeta, y poeta lírico, lo que añade mayores quilates á su mérito artístico y á sus cualidades morales. Porque, si es necesaria fuerza de voluntad y de ingenio para lanzar á esta sociedad una obra artística inspirada en los *viejos ideales*, se necesitan voluntad heroica é ingenio peregrino para regalarle una coleccion de cantos líricos, en los cuales refleja el poeta los sentimientos puros, nobles y generosos de su corazon español y cristiano.

La necia crítica de nuestros días, al coger en sus manos este libro, exclamará de seguro, fallando *ex-cathedra* sobre su mérito por la simple y muy simple lectura de la portada: —«Esto será malo. ¡Poesías de un fraile!...»— y arrojará el libro con todo el desden de su ignorancia. ¡Desdichada!... no sabe que los títulos religiosos, en la portada de un libro, recuerdan las mayores y más legítimas glorias de la literatura patria. Las poesías del P. Torres son dignas de esta gloriosa tradicion; y ya que no alcancen el mérito supremo de los antiguos maestros, tienen el no pequeño de haberse escrito en nuestros días, cuando la Religion y el arte gimen bajo las ruínas de la antigua sociedad española.

II.

Dije ántes que las poesías del P. Torres son líricas; y, en efecto, todas ó casi todas reflejan los sentimientos íntimos de su autor, que se muestra en éllas buen hijo, cariñoso hermano, amante de su patria, y, sobre todo, virtuoso sacerdote y fiel discípulo de San José de Calasanz.

Pero el lirismo del P. Torres no pertenece á ese género sentimental y enfermizo que nos

trasmitió el romanticismo traspirinaico, y que hace alarde de despreciar las reglas de los preceptistas, para mostrarse tan original y tan subjetivo como desordenado y escéptico. Nada de eso; el lirismo de nuestro autor es el que sabe ajustar la expresion de sus afectos íntimos á los hermosos moldes de la preceptiva clásica, mostrando los quilates que añade á la nativa inspiracion poética el estudio habitual de los buenos maestros. Muy versado, sin duda, en la literatura latina, ostenta en sus metáforas y giros poéticos cierto corte clásico, que contribuye á realzar sus pensamientos nobles y bellos. No es esto decir que el P. Torres pertenezca á la categoría de los poetas eruditos, cuyas composiciones languidecen por la afectacion de sus ideas y de su forma; no es un poeta académico, de esos que cuentan los epítetos de sus versos, miden la extension de sus frases, y pesan la gravedad de sus conceptos; no es un artista de imitacion, que, para sentir la belleza, tenga necesidad de encomendarse ántes á las Musas y buscar alianzas en el Parnaso; el P. Torres es espontáneo, natural, sencillo, hasta rayar á veces casi en prosaico, por huir de la pompa y boato de la entonacion académica. Tal vez por eso le sucederá á este libro lo que mi docto amigo Menéndez Pelayo acaba de escribir sobre otro parecido de un poeta cristiano: «Pasará sin hacer ruído; porque la

misma pureza de los sentimientos que en él palpitan, y la placidez y serenidad de la forma, no le hacen á propósito para el paladar del vulgo (áun del literario), ávido siempre de *fuertes emociones*, imágenes de *mucho efecto*, y brillante colorido.»

La poesía lírica es dificilísima; y yo áun me atrevo á creer que su dificultad es mayor en España que en las demas literaturas europeas. Nuestros grandes líricos,—excepcion hecha, y no absoluta, del agustino Fray Luis de Leon,—abandonaron su inspiracion nativa, para seguir las huellas de los poetas latinos, y, lo que es más, las de los italianos, imitadores de la antigüedad clásica. De aquí resultó afectacion constante en las ideas y en la forma, amaneramiento, que llega á hacerse antipático por lo insustancial y vanidoso, y un divorcio lamentable y funesto entre la poesía erudita y la popular, genuína y verdaderamente espontánea. Si, á pesar de esto, nuestros poetas líricos como Garcilaso, Herrera, Rioja y otros semejantes alcanzaron merecido renombre, debe atribuirse á su alta inspiracion y á su refinado buen gusto, con que lograron sobreponerse de algun modo á la fuerza de la moda, que los arrastraba fuera de su patria.

Esta tradicion clásica, estas cualidades de nuestros modelos hacen, á mi ver, dificilísima la tarea del poeta lírico español que no

quiere romper con lo pasado, para no perderse en los caminos de peligrosa originalidad. Si se atiene á los antiguos maestros, corre el peligro de hacerse amanerado, lo que repugna mucho á la poesía lírica; si, por el contrario, los abandona, puede estar seguro de caer en la incorreccion y en el desaliño.

El P. Torres pocas veces cae en afectaciones de estilo; pero algunas se muestra desigual é incorrecto, lunares que, á ser ciertos, hubiera podido evitar á muy poca costa. Hablando con toda la sinceridad que me es propia, y sin tratar de atenuar por esto cualidades poéticas que reconozco y admiro, declaro que éste es el principal defecto que encuentro en algunas poesías del P. Torres, lo cual no es mucho, comparado con las bellezas que atesora su libro. En el cual hallará el lector rica variedad de metros, desde el alejandrino, que emplea para alabar la omnipotencia de Dios, hasta la octavilla, que dedica á celebrar las gracias de la Vírgen Santísima. Hay en la coleccion tambien una oda á lo Manzoni (1), admirablemente versificada, tarea muy difícil en esta clase de estrofas, en que los esdrújulos suelen hacer afectada y dura la diccion poética.

Nuestro poeta, aunque sabe arrancar á su lira las solemnes y arrebatadas frases de la

(1) Su título es: «Á la desaparicion del cólera de 1865.»

oda heroica; aunque concierta con severidad y galanura los tercetos de la epístola moral y elegíaca, hállase en su centro cantando con armoniosa y dulce entonacion, nacida de las fibras más delicadas de su alma, los sentimientos que le inspiran las prácticas de la piedad, los afectos de la familia, el canto de las aves y las galas de la naturaleza, asuntos que nunca se agotan ni deslucen, manejados por la fecunda mano del genio. Ya sé yo que la lírica moderna mira con desdèn estos asuntos, para engolfarse en los laberintos de la filosofía, buscando en la nebulosidad de conceptos trascendentales algo que reemplace á la falta de inspiracion poética; pero el Padre Torres, que sigue las huellas de los buenos maestros, y siente latir en su pecho la llama pura, y por lo tanto bella, de la inspiracion cristiana, prefiere cantar las impresiones íntimas de la piedad, de la familia y de la naturaleza, para comunicar á sus lectores la ternura y el entusiasmo que de su corazon rebosan.

Hay en esta coleccion de poesías nada ménos que veintiseis sonetos, género á que se muestra muy aficionado el P. Torres, y en el cual merece legítimos aplausos. Para los que conocen las dificultades del soneto, la correccion que exije, y la precision y energía del pensamiento que ha de encerrarse en tan estrecho molde, los de nuestro autor

serán perlas engarzadas en hilo de oro. Y aunque todos no sean de igual valor, bien dejan comprender que quien los ha escrito, conoce los buenos modelos españoles é italianos, y sabe dar, cuando quiere, á sus poesías toda la correccion necesaria. Y cuenta que, si el soneto es difícil, la coleccion de sonetos es dificilísima, hasta el punto de que, leyendo los del Petrarca, modelos de correccion, ya que no de entusiasmo, muchas veces se experimenta cansancio, efecto, sin duda, de la monotonía y rigidez de esta forma poética. El P. Torres ha sabido ordenar muy bien los suyos, mezclando convenientemente los asuntos, de modo que la uniformidad constante de los sonetos esté compensada con la variedad de los pensamientos que encierran.

En el presente libro, sólo hay una poesía traducida, que es la oda 3.ª del libro IV de Horacio *Á Melpómene*, una de las más difíciles de interpretar del lírico latino. El Padre Torres ofrece de élla una traduccion excelente, digna de figurar entre las mejores de Horacio.

Por último, el libro que tengo delante termina con un estudio crítico y biográfico sobre el P. Victorio Giner, de las Escuelas Pías, en el que nuestro autor se muestra buen prosista, juicioso crítico y celoso amante de las glorias patrias, á las cuales debe unirse el nombre del P. Victorio, ménos conocido y

estimado de los literatos de lo que debiera serlo, por su mucho saber y por sus inspiradas composiciones ascéticas.

Hora es ya de poner fin á este proemio, llamandó en apoyo de mis alabanzas algunos ejemplos, tomados al azar en las poesías que nos ocupan. Anticiparé al lector algunas de las gratas impresiones que más adelante le esperan.

III.

La primer página de esta coleccion está dedicada á Jesucristo; porque Él es principio de todo lo bello, manantial de inspiracion y de entusiasmo, faro eterno del arte, como lo es de la ciencia y de la santidad. Nuestro poeta, despues de pintar con colores magníficos la corrupcion de la sociedad pagana, canta la venida del Redentor, que disipó las tinieblas en que yacían los pueblos idólatras, y resume su pensamiento en estas bellísimas estrofas:

«Como cuando, tras noche tormentosa,
De miedo, espanto y confusion preñada,
Levántase ceñido de oro y rosa
Vívido el sol, y esplende
Con soberana majestad; al punto,

Disípanse las sombras; se enajena
De gozo el corazon; todo sonríe;
Y, entre el aplauso universal, resuena
Canto de gratitud, que hiere el viento,
Y el orbe todo llena,
Y sube á la region del firmamento;
»Tal, cuando Tú subiste
Del tenebroso Gólgota á la cumbre,
De rutilante lumbre
Llenando los espacios, derretiste
Los dioses de metal. Al vivo influjo
Del calor de tu luz, se deshicieron
Las ponderosas, bárbaras cadenas
Que al esclavo infeliz aprisionaban;
Los déspotas sintieron
Su trono vacilar; trocó sus penas
Todo el orbe en placer; y, con profundo
Amor, que rompe en férvida armonía,
Te saludó á porfía
Amigo, Padre y Redentor del mundo.»

Sigue al canto religioso el patriótico; porque en el corazon de nuestro poeta, como en el de todos los buenos españoles, el sentimiento religioso vive unido al noble amor de la patria. Un poeta español que siente de este modo, ha de prorrumpir en tristísima elegía, cuando considera el estado de España. La elegía del P. Torres es digna de sus sentimientos, como puede verse en estas dos octavas reales, que rebosan en cristiana indignacion y noble dolor:

«¡Pobre nacion! llevóse entre sus alas

No sé cuál genio tu esplendor, tu gloria;
Son ya vil polvo tus antiguas galas,
Y el manto de tus reyes, y tu historia;
Bastardos hijos, con sus artes malas,
Mancillan de tus timbres la memoria;
¡Ya ni el amor te sigue ni el respeto!...
¡Ya tu grandeza es sólo un esqueleto!...

»Ya son escombros, que pavor infunden,
Cien monumentos de la patria mía;
Duras piquetas mercenarias hunden
Templos ¡ay Dios! que el mundo envidiaría;
Suspiros prolongados se difunden
Allí, donde ántes la oracion se oia
De niños y de jóvenes y ancianos,
Que al cielo elevan sus dolientes manos.»

Consignados estos dos pensamientos capitales del libro, ya se comprende que no he de seguir paso á paso los vuelos del poeta. El cual sabe imitar á Manzoni en la oda ya citada sobre la desaparicion del cólera de 1865, como puede verse en estrofas tan gallardas y bellas como las que siguen:

«Con zozobroso espíritu,
Le contempló Valencia:
Con ella fué tan rígido,
Fue tanta su inclemencia,
Que algun hogar ¡ay mísero!
Yo vi desparecer.
Tristes, vacíos tálamos,
Y cunas sin amores,
Y destempladas cítaras

Sin diestros tañedores,
Y abandonados báculos
Yacían por do quier.

»Un día.... (vi mil féretros
Pasar ante mis ojos;
Tan sólo carros fúnebres,
Y fúnebres despojos),
Ya ni fulgores lánguidos
Del Cid la perla dió.
Y es fama que aquel héroe,
Desde su tumba helada,
Clamó con fe al Altísimo
Por su ciudad amada:
—«¡Piedad, Señor! acuérdate
Del pueblo que te amó!...»—

Para que pueda apreciarse por el contraste la facilidad y acierto con que el Padre Torres recorre todos los tonos de la lírica, copiaremos á continuacion estas delicadas estrofas sobre *El Canto de las Aves*:

«Avanza ya la tarde:
Con tibios resplandores,
Áun dora el sol poniente
Las cimas de los montes.

»El labrador su apero
Solícito compone,
Y á sus amados lares
Alegre se recoge.

»Mirad cómo á su nido
Tambien vuelan entónces
De fatigadas aves
Dispersos escuadrones.

»¿Oís, oís cuál suenan
Sus argentinas voces?
¿Qué dicen, cuando exhalan
Sus últimos acordes?...

—»Que á Dios, de cuya mano
Recibe tantos dones,
Eleve dulces himnos
De gratitud el hombre.»

De la oda de Horacio, que ántes he celebrado, merece citarse este precioso final, que es modelo de interpretacion clásica:

«¡Oh Musa, que moderas
Los dulces sones de mi plectro de oro!
¡Oh tû, que, si quisieras,
Al mudo pece dieras
Canto de cisne! si el que pasa y mira,
Muéstrame con el dedo, y soy llamado
Fiel tañedor de la romana lira;
Si respiro y agrado,
Si es dulce mi memoria,
Todo lo debo á ti: tuya es la gloria.»

Paso por alto, para no reproducir aquí todo el libro, la composicion *En un Cementerio,* asunto que, á pesar de haber sido tantas veces tratado, y de tener una tradicion literaria tan respetable comò la que, comenzando

**

en el inglés Gray, pasa por la lira de Fontanes y de Chenier, y se derrama en las literaturas modernas, ofrece en este libro grande originalidad y pensamientos de primer órden; *Las dos Flores*, poesía encantadora, llena de interes y de sentimiento, y que bastaría para acreditar el talento lírico de nuestro autor; *El buen Maestro*, que es un bello romance y un bello pensamiento moral; y me entro en el campo de los sonetos, que avaloran la segunda parte de esta coleccion.

Las cuatro estaciones están admirablemente pintadas; pero *El Otoño* no deja nada que desear. Hé aquí este hermoso soneto:

«Á las de Iberia límpidas regiones,
Pausado llega, tras ardiente Estío:
Al sol canicular, que engendra hastío,
Le sucede otro sol, fecundo en dones.
»El que alegra do quier los corazones
Vino espumante, hierve; de su brío
Muestras da el árbol de Minerva; un río
Manan las prensas entre agudos sones.
»Sabroso fruto apilan de consuno
La fiel esposa, el labrador sencillo,
Y el niño jugueton con vivo anhelo.
»Suenan mil cantos venturosos; y uno,
Bello, repite el mágico estribillo:
—«Quien siembre aquí, recogerá en el cielo.»—

El P. Torres posee singular gracia para el soneto; así es que, en variedad de asun-

tos, muestra siempre la misma galanura y lozanía de estilo, que si tratase uno solo de que estuviera enamorada su lira. Sirvan, para prueba de este contraste de asuntos é idéntica belleza de diccion, los dos que nos salen al paso, hojeando el libro. El primero se titula *España*:

«¿Veis sin vigor á la nacion que un día
Las iras provocó del Oceano,
Y un continente con robusta mano
Sacó del fondo de la mar bravía?
»¿Veis débil á mi patria, que imponía
Su voluntad con cetro soberano,
Cuyo bélico acento sobrehumano
De polo á polo triunfador se oía?
»¿La veis cómo ¡infeliz! una quimera
Vana persigue con error profundo,
Llevando rota su marcial bandera?....
»¡No la insulteis!... Con ímpetu iracundo,
Á quererlo sus hijos, áun pudiera
Mover su brazo, y conmover el mundo.»

El segundo está dedicado al *Vulgo*, y dice así:

«El Vulgo es como el mar: ciñe la tierra;
Y, donde quiera cunda y se derrame,
Áun cuando en bella calma no rebrame,
Siempre su misma inmensidad aterra.
»Ese ignorante Vulgo que se atierra,
Y los piés del tirano un tiempo lame,
Pronto quizas contra el tirano clame,
Y al cielo y áun á Dios les mueva guerra.
»¡Potente el Vulgo vil!... ¡La mar, potente!...

¡Ay del bajel, si férvida murmura!...
¡Ay, si murmura el populacho necio!...
»Y, sin embargo, yo, flaco y doliente,
Yo que tiemblo ante el mar, que es tu figura,
Á ti, Vulgo temible, te desprecio.»

La coleccion de poesías termina con un canto á *Europa*, inspirado en las desventuras y ruínas que está causando la Revolucion; canto de alta elocuencia poética, como puede juzgarse por la siguiente pintura de Italia:

«¡Pobre Italia!... ¿lo olvidas?... cuando el cielo
Con desigual largueza repartía
Bienes al mundo,—generoso y pío
Te dió fulgente sol, risueños mares,
Ríos sagrados, perfumadas flores,
Tibias, fugaces, sonorosas auras,
Y ciclópicos montes, y de fuego
Ricos penachos, que tu frente adornan.
Y de ti enamorado, al verte bella,—
Te acarició benigno, y de tus labios,
Palpitando de amor, arrancó un beso.
Fecunda entónces, gérmenes de vida
Desarrolló tu seno; claros hijos
Diste; y, en muestra de su excelso orígen,
Nimbo de gloria rodeó sus frentes.
¡Oh tierra ilustre, para Dios nacida,
Cuna de santos, de las artes templo!
¿Quién á tus hijos infundió su horrible,
Vertiginoso frenesí?... Tú misma
Rasgas y avientas tu pasada historia,
Y, loca perennal, con ansia apuras
Cáliz henchido de mortal veneno.»

Al terminar mis desaliñadas frases, cuyas sombras sólo servirán para que resalte mejor la luz que tras de éllas se oculta, cúmpleme felicitar de todo corazon al P. Torres, por su resolucion que admiro, segun ántes dije, de lanzar un libro de hermosas poesías líricas en medio de esta sociedad refractaria á los sentimientos tiernos y puros del corazon.

De estas poesías puede repetirse, sin embargo, lo que el docto crítico Sr. Cañete decía, hace algunos años, de un libro muy notable: «Es un nuevo testimonio de la feliz reaccion hacia los buenos principios literarios, que se va verificando *en silencio,* desde algun tiempo á esta parte, merced á los esfuerzos constantes y generosos de algunos hombres de mérito.» «Trabajemos,» añadía mi ilustre amigo, «sin descanso, para que las letras, y sobre todo la poesía, salgan del estado de postracion en que hoy se hallan; y no olvidemos la sentencia de Tito Livio, segun la cual, siempre vence quien virtuosamente porfía:

Pertinax virtus omnia vincit.»

MANUEL PÉREZ VILLAMIL.

Madrid, 30 de Agosto de 1879.

POESÍAS VARIAS.

JESUCRISTO.

No siempre los mortales
Abrieron al amor sus corazones,
Al puro amor, fecundo
De benéfica paz en almos dones.
No siempre confundieron
Con generoso afan las nobles manos,
Ni siempre se creyeron,
En cuanto abarca la terrestre esfera,
Todos hijos de Dios, todos hermanos.
El odio universal era su guía;
La infame ley de razas
Á los hijos de un Padre dividía;
Y la fuerza brutal los impelía,
Como alud que del Alpe se derrumba,
Unos de otros á labrar la tumba.
Ved al soberbio Macedon.... Inmenso
Pueblo mira bullir, que se derrama

Desde Sidon á la region de Brahma;
Y llega, y vence. Tras gigante guerra,
Obedece la tierra,
Cuna del sol, al inmortal caudillo;
Y el persa belicoso
Sufre impotente, cuando no medroso,
La dura ley del vencedor cuchillo.
Roma pasea por el ancho mundo
Sus águilas altivas. ¿Quién, brïoso,
Contrastó su poder?... Si en día aciago
La postra Aníbal, con rencor profundo
Álzase, y hunde á la infeliz Cartago.
Crece sin fin su odioso
Afan de dominar; pueblos y gentes
Avara sorbe con furor guerrero;
Y depone tan sólo el ceño fiero,
Cuando, tras mil batallas, las naciones
Se agrupan obedientes
En torno de sus bélicos pendones.

¿Dónde estaba el *Amor?*.... ¡Allá en el cielo!...
Miró á los hombres con ardiente anhelo,
Respirando bondad, y al punto mismo
Los vió dementes, en nefanda orgía,
Con vértigo letal embrïagarse,
Danzar en derredor de negro abismo,
Y al abismo caer. Vió á la doncella,
Débil juguete de placer liviano,
Quemar incienso con impura mano
Del vicio en el altar, y degradarse.
Vió á la mísera esposa,
Cual víctima inocente,
Bajo el pesado yugo
Del esposo insolente

Gemir envilecida y marchitarse,
Bien como aquellas flores,
Que estruja el pié de rudo campesino,
Y deshojan los cierzos bramadores.
Y estallando el *Amor*,—«¿será que gima
»Siempre la humanidad, y que, alejada
»Del foco de la luz, vague entre sombras?
»¿No habrá quien la redima?...
»Si, como densa nube, los errores
»Se extienden por do quier de polo á polo,
»Bañe veloz con célicos fulgores
»La cándida verdad todas las zonas,
»Y, ahuyentado el error, élla tan sólo
»Reciba como ofrenda mil coronas.»—
Dijo, y el Cristo fué....—¿Quién las hazañas
Del Hijo del Eterno
Podrá decir con destemplada lira?...
De súbito pavor tiembla el Averno
Al eco de su voz; el mundo aspira
De su bondad el regalado aroma,
Que atrae dulcemente
Turbas inmensas de sencilla gente;
No hay barreras, no hay dique á la divina
Virtud de su doctrina;
De su faz, que fulgura,
Desparece el error; manda á natura;
Y el mismo Jehová, desde su trono,
Le mira complacido,
Y depone por fin su justo encono,
Al escuchar del celestial Ungido
Este grito feliz de amor profundo:
«¡Sea víctima Yo! ¡sálvese el mundo!!!»

Pero ¿cuál es el Númen

Que arrebata mi mente, y de ventura
Hinche tambien mi corazon?... ¡Oh gloria!
¿No le veis?... ¿no le veis?... Sobre una cima,
Junto á ciudad impura,
Fulgores irradiando se levanta:
¡Es Jesus enclavado en la Cruz santa!
¡Es mi Jesus!... ¡Oh Redentor! tu imperio,
El que arrostró tenaz la saña inmunda
Del temido Luzbel, avanza, inunda
Uno y otro hemisferio.
Si rugen despechados, y le embisten,
Prontos á devorarlo,
Millones de enemigos;
Revelas tu virtud, tus maravillas,
Y, al que desea pérfido humillarlo,
Tu poder desplegando, al punto humillas.
Y si raudo Aquilon, con saña ardiente
Sus pavorosas alas agitando,
Tu regio trono furibundo azota,
Para hundirlo en el polvo; tu potente,
Tu vigoroso brazo lo afianza,
Y al fin, vencida y rota
Queda del Orco la feroz pujanza.
¿Dó fueron las falanges
Del vil politeismo?
¿Dó yace el feo monstruo
Del ciego fanatismo,
Del crímen y el error, que en venerados,
En sacrílegos templos recibía
Nefando culto, y á sus piés veía
Los pueblos derribados,
Á impulso de asquerosa idolatría?...

Como cuando, tras noche tormentosa,

De miedo, espanto y confusion preñada,
Levántase ceñido de oro y rosa
Vívido el sol, y esplende
Con soberana majestad; al punto,
Disípanse las sombras; se enajena
De gozo el corazon; todo sonríe;
Y, entre el aplauso universal, resuena
Canto de gratitud, que hiere el viento,
Y el orbe todo llena,
Y sube á la region del firmamento;
Tal, cuando Tú subiste
Del tenebroso Gólgota á la cumbre,
De rutilante lumbre
Llenando los espacios, derretiste
Los dioses de metal. Al vivo influjo
Del calor de tu luz, se deshicieron
Las ponderosas, bárbaras cadenas
Que al esclavo infeliz aprisionaban;
Los déspotas sintieron
Su trono vacilar; trocó sus penas
Todo el orbe en placer; y, con profundo
Amor, que rompe en férvida armonía,
Te saludó á porfía
Amigo, Padre y Redentor del mundo.

Valencia, Diciembre de 1875.



> Verted, juntando las dolientes manos,
> Lágrimas ¡ay! que escalden la mejilla.
>
> *(Espronceda.)*

¿Ésta es la tierra que poblaba un día
Raza gigante, intrépida de iberos,
Que, en el nombre de Dios y de María,
Desnudaban ardientes los aceros?
¿Es la que fué, de tanta nombradía,
Noble nacion de nobles caballeros
De espíritu católico ferviente,
Que estremecían á la extraña gente?

¿Ésta es la cuna que meció amorosa,
Rodeada de mágicos fulgores,

Á ilustres santos, cuya vida hermosa
Bellos esmaltan célicos primores?
¿Aquí vivió la gente que, afanosa,
Dió al hijo de los claustros mil honores,
Y sublimó al levita, y dió en los templos
De férvida piedad altos ejemplos?....

Tiendo la vista con afan, y miro
Cómo se ufana la impiedad perjura;
Cómo, exhalando el bien hondo suspiro,
Hasta las heces del dolor apura;
Y escucho el huracan que, en raudo giro,
Destroza lo mejor, y se conjura;
Y ¡ay! envenenan del dolor la copa
Sangrientas burlas de la culta Europa.

Al Sur, al Aquilon, al Occidente,
Do quiera miren mis turbados ojos,
Las huellas veo del furor presente,
Tan sólo, en vez de rosas, mil abrojos;
Y aumenta mi coraje vehemente,
Y exacerba y acrece mis enojos,
Ver ¡ay! cuál abre hierro fratricida
En pechos españoles honda herida.

¡Pobre nacion! llevóse entre sus alas
No sé cuál genio tu esplendor, tu gloria;
Son ya vil polvo tus antiguas galas,
Y el manto de tus reyes, y tu historia;
Bastardos hijos, con sus artes malas,
Mancillan de tus timbres la memoria;
¡Ya ni el amor te sigue ni el respeto!...
¡Ya tu grandeza es sólo un esqueleto!...

Ya son escombros, que pavor infunden,
Cien monumentos de la patria mía;
Duras piquetas mercenarias hunden
Templos ¡ay Dios! que el mundo envidiaría;
Suspiros prolongados se difunden
Allí, donde ántes la oracion se oía
De niños y de jóvenes y ancianos,
Que al cielo elevan sus dolientes manos.

La Vírgen del Señor, blanca paloma,
Labró su nido en retirada estancia,
Que perfumaba, cual precioso aroma,
De su candor la celestial fragancia.
Creíase feliz.... Mas, ¿por qué asoma
Densa nube á sus ojos, y abundancia
De lágrimas hirvientes la mejilla
Surcando va de monja sin mancilla?...

Hoy, al anciano y digno sacerdote
Que del manjar ilícito se abstiene,
Ridiculizan con villano mote
De la fenicia Gádes al Pirene;
Hoy cruje sin piedad terrible azote
Sobre vírgenes santas; no detiene
Las manos el honor...; del sexo débil
Ya no respetan ¡ay! el rostro flébil.

¿Y queréis que me calle?... ¿que yo esconda
En mi pecho el dolor?... ¿que no suspire,
Ni que á la voz profética responda
Del prelado español, aunque le admire?...
Cuando en el pecho la afliccion ahonda,
¿Que, perro mudo, lo que pasa, mire?...

¿Que sólo con estériles lamentos
Hiera encogido los contrarios vientos?...

No, ¡vive el cielo! Late, en tal conflito,
Irritado mi pecho, y se levanta;
Y mi boca no tiene por delito
Escupir al que rompa el arca santa.
No temeré la furia de un precito,
Si á mi patria desquicia, y la quebranta.
Con el celo y la fe de un Macabeo,
Heriré la impiedad en su apogeo.

Albarracin, Enero de 1869.

¿Dónde está Dios?

Creo en Ti, mi Dios. Ignoro
De tu deidad el misterio;
Mas reconozco tu imperio,
Y te adoro.

Desde las rocas cimeras,
Las águilas se elevaron;
Pero en vano te buscaron
Altaneras.

En vano el sol tu palacio
Con rayos de viva lumbre
Quiso dorar, en la cumbre
Del espacio.

Y el rápido vendaval,
Con el ala desplegada,
No llegó de tu morada
Ni al umbral.

¿Dónde estás? ¿En el abismo?...
¿Dónde estás? ¿En las alturas?...
¿En cuál, di, de las criaturas?...
En Ti mismo.

Llenando la inmensidad
Por misteriosa manera,
Presente está donde quiera
Tu deidad.

En los orbes eternales
Que en luz ó sombras se envuelven,
Y en círculos se revuelven
Desiguales;

En las crines prolongadas
De errante cometa rojo,
Del que marcas á tu antojo
Las pisadas;

En el viento volador,
Que desatas ó encadenas;
En la nube que, si truenas,
Da pavor;

Y en la flor, que me enamora;
Y en la gota de rocío;
Y aquí dentro el pecho mío,
Que te adora.

Valencia, Setiembre de 1869.

A LA DESAPARICION DEL CÓLERA

DE 1865.

¡Pasó!... Cual sombra lúgubre
De asolacion preñada,
Que la region etérea
En hora infortunada
Cruza, nuncio fatídico
De llanto y de dolor;
Así la gente ibérica,
Tres meses intranquila,
Ha visto muda, atónita,
Con pálida pupila,
Cruzar sus anchos términos
Terrible un invasor.

Del hondo Gánges índico
Alzóse, y vino al Turia;
Y quiso aquí sus ímpetus
Probar con hosca furia,
Y Edeta fué la víctima
Primera que eligió.

Y Edeta, como púdica
Matrona, dolorida,
Al verse de un indómito
Profanador vencida,
Con abundantes lágrimas
Su triste faz regó.

¿Qué valen pecho férreo,
Valor y ardiente saña,
Si son inmundos hálitos
Las armas con que á España
Cauto, doloso, pérfido
Ataca el invasor?
Torna sutiles tósigos
Las auras; anhelando
Muertes, vuela, y su *cólera*
Recóndita exhalando,
Al punto, sin estrépito,
Se muestra vencedor.

Si sube á los alcázares,
Do moran altos reyes,
Allí, triunfante, oprímelos,
Libre de freno y leyes:
En medio de los príncipes,
Verdugo se le ve.
Si deja los ebúrneos
Tronos, y á la morada
Desciende de los súbditos
Con ala infatigada,
Ninguno hubo más déspota,
Ni más tirano fué.

Con zozobroso espíritu,
Le contempló Valencia.
Con ella fué tan rígido,
Fué tanta su inclemencia,
Que algun hogar ¡ay mísero!
Yo vi desparecer.
Tristes, vacíos tálamos,
Y cunas sin amores,
Y destempladas cítaras
Sin diestros tañedores,
Y abandonados báculos
Yacían por do quier.

Un día.... (vi mil féretros
Pasar ante mis ojos;
Tan sólo carros fúnebres,
Y fúnebres despojos),
Ya ni fulgores lánguidos
Del Cid la perla dió.
Y es fama que aquel héroe,
Desde su tumba helada,
Clamó con fé al Altísimo
Por su ciudad amada:
—«¡Piedad, Señor! acuérdate
Del pueblo que te amó!...»—

Blando el Señor, apiádase
De nuestro largo duelo,
Y arroja al huésped bárbaro,
Por fin, de nuestro suelo:
Tras rudo penar íntimo,
La dicha llega en pos:

Y como suele el náufrago,
Tras tempestad bravía,—
Niños, ancianos, jóvenes
Elevan á porfía,
Con férvido amor, cánticos
De bendicion á Dios.

Valencia, Octubre de 1865.

A LA VÍRGEN.

Madre mia bondadosa,
No deseches mi oracion:
¿No ves que á mi corazon
Tempestad horrible acosa?

Muge el viento clamoroso,
Sube el onda y se embravece:
Tambien mi fatiga crece;
Tambien yo perdí el reposo.

Cual bajel, que, en alta mar,
Cuando rugen aquilones,
Rota su vela en girones,
Teme débil zozobrar;

Tal soy yo, cuando se encona
Pasion fiera, prepotente,
Que doblega mi alta frente,
Y me angustia y desazona.

Cuando surca el mar de Atlante,
Si ve celeste fulgor,
Del Ponto evita mejor
Las iras el navegante.

Yo, Señora, si á ti acudo,
Si miro á ti, Madre bella,
Veo mi polar estrella,
De mi salud ya no dudo.

Que es tu rostro bendecido,
Luz, que disipa el temor;
Y es tu manto protèctor,
Refugio del oprimido.—

Yo vi, en medio al Oceano,
Nave, acaso muy temida,
Por el Bóreas combatida
Con furor creciente, insano.

Parecióme arista breve
Sacudida por los vientos,
Befa de los elementos,
De las eras tamo leve.

Y vi al nauta, á quien no abate
El Ponto, casi abrumado,
Y reluchar denodado,
Y vencer en el combate.

Tras la lucha y la tormenta,
Brilló el íris de bonanza;
Vió premiada la esperanza
El bajel, que al mar afrenta.

Saltó de gozo el marino,
Cantó ledo su ventura,
Y sintió, tras prueba dura,
Fe mayor en su destino.

En el mar de aqueste mundo,
Brama horrendo el Aquilon;
Ondas alza la pasion,
Si Satan sopla iracundo.

Yo, infelice marinero,
Mi salud fío á una quilla.
¿Quién salvará mi barquilla?...
¿Quién me dirá el derrotero?...

Gran Señora, sólo tú:
En medio á la cerrazon,
Darás luz al corazon,
Ofuscando á Belcebú;

Y, entre escollos y bajíos,
Y, entre sirtes rugidoras,
Llevarás á todas horas
Mi batel sin atavíos.

¡Y venceré!... ¡Oh esperanza!
Yo, radiante de alegría,
Te cantaré, y mi armonía
Será un himno en tu alabanza.
. . . .

Madre mía bondadosa,
Oye pronto mi oracion:
¿No ves que á mi corazon
Tempestad horrible acosa?...

Valencia, Noviembre de 1871.

EL REY Y EL MOSQUITO.

Érase cierto Rey, que, en tono adusto,
Decía así:—«Desde mi solio augusto,
De regia pompa y de esplendor ceñido,
Muevo mi cetro con segura mano,
Y al pueblo, que obedece, imprimo susto.
Yo soy el soberano
De un reino esclarecido.
Si yergo mi cerviz, que no se humilla,
Derríbase á mis plantas, afanoso,
El pueblo numeroso,
Doblada la rodilla.
Yo mando, y me obedecen,
Sumisos, fieles al mandato mío,
Millones de vasallos;
Y sé que palidecen,
Al observar mi inmenso poderío,
Los ántes altaneros

Hidalgos y pecheros.
¿Quién me herirá demente,
Ya sea frente á frente,
Ya con artero dolo,
Si hasta la extraña gente,
Del uno al otro polo,
Cuantos habitan en el ancho mundo,
Mi nombre pronunciar osan tan sólo
Con respeto profundo?...»—
Dijo, y miróse con orgullo vano.
—«Mas.... ¿quién me hirió en la mano?»—
De súbito exclamó;—«¿quién el maldito?...»—
—«Yo,»—contestóle intrépido un Mosquito.

Los que de varios modos,
Al fuerte impulso de su orgullo necio,
Desden y menosprecio
Derraman sobre todos,
Guarden bien esta historia
Del Rey y del Mosquito en su memoria.

Valencia, 22 de Setiembre de 1869.

Á SAN JOSÉ DE CALASANZ.

Voz misteriosa, que sonó en tu oído,
—«Ve á Roma»—dijo, y fuiste. Con instancia,
Segunda voz de acento conmovido
Repite:—«Mira sin Mentor la infancia.»—
Crece tu caridad; enardecido,
Apadrinas al pobre; la ignorancia
Combates con afan; y, en fausto día,
Fundas, pues quiere Dios, la *Escuela Pía*.

Valencia, 1867.

EN LA MUERTE DE MI PADRE.

¿Y no veré ¡ay dolor! en mi presencia
Ya más con dulce, jubiloso agrado
Al bendecido autor de mi existencia?

¿Será que, miéntras gima desterrado
En este valle misèro, no pueda
Platicar con un padre tan amado?...

Su palabra de miel, su siempre leda,
Provechosa instruccion, el buen consejo
Que allá en el alma germinando queda;

Aquel hablar de Dios, limpio reflejo
De su corazon puro y bondadoso,
¿Ya nunca escucharé, miéntras me quejo?

Y aquel blando mirar y cariñoso,
Que de placer tan grato me inundaba,
¿Será que no me torne mi reposo?...

Dormido en la ilusion, necio soñaba
Mis penas convertir en alegría,
Viendo prendas de aquél que me adoraba.

Soñaba yo que pronto me daría,
Con palabras de amor consoladoras,
El dulce parabien que un hijo ansía (1).

Pero rodaron horas y más horas,
Se deslizaron tardes y mañanas,
Y á las noches siguieron las auroras;

Y llegaron mis días, mis ufanas
Esperanzas matando, y claramente
Pude ver ¡ay de mí! que fueron vanas.

Entónces se agolparon á mi mente,
Cual confuso escuadron á un punto dado,
Mil ideas sin forma coherente.

Gemí, temblé.—«¿Qué augurio malhadado,»—
Me decía,—«de tristes desventuras,
Encierra ese silencio prolongado?

»¡Silencio misterioso! tú las puras
Satisfacciones de hoy al pecho mío
Niegas, y dasle tristes amarguras;

»Tú me atormentas con furor impío.
Pero.... ¿quién sabe si, al prever mil males,
Juguete soy de un loco desvarío?»—

Tal, abocada á casos muy fatales,
Tímida jóven lucha con la duda,
Si ve de ignoto mal vagas señales.

Preferí empero la verdad desnuda
A mis ansias: busqué, y hallé al momento....
Tristes semblantes de elocuencia muda.

Insistí con ardor, y mi tormento
Creció animoso, como crece altiva
Pequeña hoguera, si la agita el viento.

Mas sucedió no tarde á mi nociva,
Pertinaz insistencia el mudo espanto,
Y vino el frío tras la llama activa.

¿Qué vi? ¿qué sucedió?... Funéreo llanto
Plugiera á Dios surcase mis mejillas,
Para templar mi bárbaro quebranto.

Oí con estupor que sus orillas,
Labios voraces, desplegó una huesa,
Do toda corrupcion guarda semillas,

Que, codiciosa de reciente presa,
Tragó en su seno lóbrego, aterido
Al que mi labio de nombrar no cesa:

Tragóse ¡ay! á mi Padre.... ¡Oh mi querido
Padre amoroso! ¿escuchas desde el cielo,
Donde tu alma reposa, mi gemido?

¿Ves la intensa afliccion y acerbo duelo
De la esposa y los hijos, que dejaste
Desamparados en el hondo suelo?

Á la voz de tu Dios, abandonaste
Una tierra de espinas y de abrojos,
Y á los celestes climas te elevaste:

Climas de amor, sin míseros antojos;
Climas de divinal y eterna vida,
Climas de paz, sin fraude y sin enojos.

¿Por qué, pues, me entristece tu partida?...
Y ¿cómo no gemir un hijo amante?...
Mas calle ya mi voz; que la medida
No daré del dolor, aunque lo cante.

Valencia, Octubre de 1864.

Á LA MEMORIA

DE MI HERMANO TOMÁS.

Cual ángel del Señor, esplendoroso,
Luciste del candor las puras galas;
Rozaste el mundo apénas con tus alas,
En pos dejando lampo luminoso.

Porque, al abrir tus ojos siempre bellos,
Viendo sus cuitas y dolor profundo,
Un suspiro lanzaste gemebundo,
Y de tu luz temblaron los destellos;

Y á Dios, con silencioso y triste llanto,
Cuando salía el alba por Oriente,
Y cuando el sol se hundía en Occidente,
Pedías te llevase al cielo santo.

Dios te escuchó: con cítara sonora,
Seis lustros há, le cantas en el cielo....
¿Cuándo será que, léjos de este suelo,
Mi voz úna á tu voz encantadora?

Valencia, 31 Enero de 1878.

Á LA MUERTE DE MI HERMANO MANUEL,

DE LA COMPAÑÍA DE JESUS (2).

¿Y has muerto?... ¿Cómo yo miro
Con secos ojos tu muerte?
¿Cómo no arranca tu suerte
De mi pecho ni un suspiro?...

¿Es que no acabó tu vida?
¿Será tu muerte ilusion?
¿O será que mi razon
Me abandona enloquecida?...

Fué una noche: yo, angustioso,
Recitaba oracion pía;
Tú á la imágen de María
Dabas ósculo amoroso.

Sintiéndote moribundo,
Sin fuerzas, agonizante,
Semilívido el semblante,
Y al dintel del otro mundo;

Con voz honda, falleciente,
Pediste al cielo perdon,
Que yo di de corazon,
En nombre de Dios clemente.

—«¡Perdon!»—dijiste afanoso
A tu madre y tus hermanos;
Y, cruzadas ambas manos,
Te lo dimos cariñoso.

Entónces miraste al cielo;
Y, al volar allá tu alma,
Bajaste, con dulce calma,
De los párpados el velo.

—«¡Ha muerto!»—dijo una voz;
—«¡Resignacion!»—otra dijo;
—«¿Quién ha muerto? ¿mi buen hijo?»—
Gritó la madre, veloz.

Yo, anhelante, absorto, mudo,
Te miraba, y—«No, no ha muerto,»—
Me decía;—«vive, es cierto;
De su muerte, al ménos dudo.

»¿Quién llamó nunca morir
A un dulce sueño profundo?
Porque viva en otro mundo,
Yo, mezquino, ¿he de gemir?»—

Sí, Manuel; vida inmortal
Tú vives:... yo, siempre en guerra,
Vivo, muriendo, en la tierra,
Donde habito por mi mal.

En el cielo venturoso,
Donde estás por tus virtudes,
Suenan mélicos laúdes
Con grato són armonioso.

Suenan aquí.... los bramidos
Del Aquilon, voz que zumba,
Ronco trueno que retumba,
Y siniestros alaridos.

Allí, todo es paz y amor,
Gozo libre de amarguras:
Aquí, todo son tristuras
Y quebrantos y dolor.

Oscilando entre vaivenes,
Envídiote tu reposo:
Para mí, todo es penoso;
Para ti, todo son bienes....

36

¡Oh tú, feliz, que á la Cruz
Abrazado, hermano mío,
Desde este mundo sombrío
Volaste á un mundo de luz!

Valencia, 25 de Enero de 1872.

Á MI HERMANO JOSÉ MARÍA,

PRESBÍTERO.

Ya lo ves, hermano mío:
Nuestro destino es gemir;
Pero ¿qué importa?... Reir
En el mundo, es desvarío.

Vino Tomás, y se fué:
Vió que el mundo no era bueno.
En efecto, hay mucho cieno,
Mucho más del que se ve.

Á Tomás, nuestro hermanito,
Andando el tiempo, siguió
Nuestro buen padre, y dejó
Tambien el mundo maldito.

Llegó su turno á Manuel:
Era jóven, generoso,
Muy discreto, muy hermoso;
En su pecho no hubo hiel.

Y se fué, cual sabes tú,
Tan alegre, tan contento....
Alegre, sí: yo no miento,
Por cuanto vale el Perú.

Resultado: han muerto tres.
¡Feliz el que ya es difunto!
Otros luégo al mismo punto
Llegarán en tren *express*.

Yo, aunque jóven, algo ducho,
Si me quedo, es con dolor.
Pero ¡adelante!... ¡valor!...
Y mordamos el cartucho.

Nada, José, de diatribas;
Á vivir, cuanto Dios quiera.
¿Tú no quieres que yo muera?
Pues yo quiero que tú vivas.

¡Ea! sigamos viviendo
Hasta el fin, Pepe del alma:
Tú, conservando tu calma;
Yo, como siempre, bullendo.

EN LA PURÍSIMA CONCEPCION

DE NUESTRA SEÑORA.

Voz 1.ª

  Señor, oye fácil
La súplica ardiente
Que eleva doliente
La prole de Adan:
  Quebranta bondoso
Sus duras cadenas;
Mitiga sus penas;
Disipa su afan.

Voz 2.ª

  Augurio dichoso
De paz y ventura,
Ya asoma en la altura
Brillante fulgor:

De un día sin nubes,
Crepúsculo bello;
Lumbroso destello,
Que ahuyenta el temor.

Voz 1.ª

¡Oh Dios! nuestros males
Son hondos, prolijos.
¡Oh Padre! tus hijos
Demandan piedad.
Envíe copioso,
Cual lluvia del cielo,
Raudal de consuelo,
Tu inmensa bondad.

Voz 2.ª

¡Albricias, mortales!
Saltad de contento:
Llegó al firmamento
La voz de Sïon.
Depone sus iras
El cielo indignado,
Y anuncia al pecado
Clemente perdon.

Voz 3.ª

¡Cantad!... Ya María,
La gloria del mundo,
En seno fecundo
Se alberga feliz;

Más pura que el rayo
Del sol, más hermosa
Que vívida rosa
De vario matiz.

Escudo invisible
Protege, cual muro,
Su espíritu puro,
Su fiel corazon:
Rebrama á sus plantas
Del mundo el Tirano;
Que fué por su mano
Vencido el Dragon.

Su triunfo esplendente
Dirán las naciones
En gratas canciones,
Con arpa y laúd;
Los altos querubes,
Unidos en coro,
Con cítaras de oro
Dirán su virtud.

Y el céfiro leve
Dirá su victoria;
Y un himno de gloria
Los golfos dirán;
Oyendo los montes
Y valles sombríos,
Los mares y ríos:
«¡Loor á Miriam!»

Coro.

María, en la tierra.
Será nuestro cielo;
María, en el suelo,
Será nuestro honor:
¡Bendita mil veces
La Santa, la Pura,
La Madre futura
Del gran Redentor!...

Utiel, 3 de Diciembre de 1873.

CONSAGRACION

AL SAGRADO CORAZON DE JESUS.

Mi pobre corazon, la vida mía,
Mi cuerpo y alma, te consagro amante.
Si yo tuviera mil,—en este instante,
Ardiendo en sacro amor, mil te daría.

Játiva, Junio de 1877.

El Tiempo.

—«Sea el mundo,»—dijo Dios;
Y al punto, desarrollados,
Mil globos en ancho giro
Por sus órbitas rodaron.
Del murmurio que formaban,
Al cruzar el vasto espacio,
Las esferas,—nació el Tiempo,
Númen que inspira mi canto.
Él presidió el primer día,
Día feliz, que formaron
Los minutos y las horas
Con sus dedos delicados.
Dando vida con su aliento
Á los siglos centenarios,
Él hunde su frente móvil
De lo futuro en los antros,
Y ostenta, como trofeos

De valor y precio raros,
En su espalda, las edades
Engarzadas con los años.—
Cuando el Todopoderoso
Modelaba con vil barro
Al hombre, regia figura
De la Tierra que pisamos,
Él vió al hombre,—bella imágen
Del mismo Dios,—puro, santo;
Y vió su trono de flores;
Y que, las flores ajando,
Vendavales tormentosos
Del trono le derribaron.
Desde entónces, ¡qué trastornos,
Qué revueltas, qué de cambios,
Del Tiempo en alas, han ido
La faz del orbe trocando!...
Un día fué que los cielos,
Contra el mortal indignados,
Abrieron sus cataratas,
Rompieron todos sus lagos,
Y sin piedad, á torrentes,
Día y noche diluviando,
Mares de agua destructores
Sobre la tierra volcaron.
Y vió el Tiempo volador,
En el inmenso naufragio,
Raza vil de pecadores,
De las olas hecha pasto.
. . . .
Gasta el mar, con onda inquieta,
De la tierra los costados,
Sorbe zonas dilatadas,
Islas brota y montes altos;

En invisibles cavernas,
Ruge fuego subterráneo,
Que feroz estalla y siembra
La llanura de peñascos;
Y la atmósfera y las lluvias
Y los ríos desbordados
Roen con diente voraz
Las montañas por sus flancos.
Fuego, mar, lluvias, atmósfera,
Volcanes, ríos hinchados
¿No son, oh Tiempo, tus fieles
Instrumentos ó vasallos?
¡Hasta el hombre, torpe ó ciego,
Es á veces tu aliado!
¿Qué es ya Nínive?... Y á ti,
¡Oh Babilonia! ¿qué infausto
Poder arrancó tu cetro,
Para romperlo en pedazos?...
Pueblos mil y mil naciones,
Como reina te adoraron;
Pueblos mil y mil naciones,
Hoy te miran con escarnio....
Al contemplar con la mente
Abatidos, devorados,
Tus soberbios monumentos,
Que á Ciro el Grande asombraron,
Frío temblor se apodera
De mis miembros, y, de espanto,
Un ¡ay! agudo se escapa
Del corazon á los labios.
¡Oh Tiempo!... malditos sean
Tu poder y tus estragos.
¿Serás siempre el enemigo
De los hombres, despiadado,

Que amenaza con furor
En la tumba sepultarlos?
Mas ¿qué dije?... ¿Quién al niño,
Tierna flor que seca el Austro,
Vigoriza? ¿Quién al jóven
Da nervoso, duro brazo?
¿Quién modera de los pechos
El pujante ardor insano?
¿Quién mitiga los dolores?
¿Quién nos da reposo blando?...
Por ti, sus funestas iras
Deponiendo,—en dulce halago,
Los que fueron enemigos
Hoy se abrazan como hermanos.
Tú confundes al error;
Tú, con dura, férrea mano,
De la mentira destruyes
El ostentoso palacio.
¿Por qué, pues, alcé mi voz
Contra ti, con torpe labio?...
Genio del bien ó del mal,
Ya que tus glorias ensalzo,
No, no extingas altanero
De mi cítara los cantos.

Albarracin, 18 de Diciembre de 1888.

EL CANTO DE LAS AVES.

I.

Cuando del nuevo día
Despuntan los albores,
Despiertan de avecillas
Innúmeras legiones;

Despiertan y rebullen,
Agítanse veloces,
Y cruzan el espacio
Lanzando mil clamores.

¿Suspiran por las sombras
De la callada noche?...
¿Bendicen á las auras?...
¿Saludan á los bosques?...

4

¿O cantan, porque sienten
Latir sus corazones
Al nuevo, grato impulso
De matinales goces?...

—Jilgueros delicados,
Ardientes ruiseñores,
Cantad, que vuestros cantos
Despiertan á los hombres.

II.

Cuando, vestido de oro,
Con vívidos fulgores
El astro rey alumbra
Inmensos horizontes;

De concertadas aves
Enjambres voladores
Elevan hasta el cielo
Melódicas canciones.

Las hijas de los aires
¿Celebran sus amores?...
¿Anhelan impacientes
Por ver otras regiones?...

Sus rápidos gorgeos,
Sus cantos multiformes,
Sus regalados trinos
¿Qué dicen á los hombres?...

—Que eleven sus plegarias
Al Hacedor del orbe,
Y píos santifiquen
De Dios el santo nombre.

III.

Avanza ya la tarde:
Con tibios resplandores,
Áun dora el sol poniente
Las cimas de los montes.

El labrador su apero
Solícito compone,
Y á sus amados lares
Alegre se recoge.

Mirad cómo á su nido
Tambien vuelan entónces
De fatigadas aves
Dispersos escuadrones.

¿Oís, oís cuál suenan
Sus argentinas voces?
¿Qué dicen, cuando exhalan
Sus últimos acordes?...

—Que á Dios, de cuya mano
Recibe tantos dones,
Eleve dulces himnos
De gratitud el hombre.

Utiel, 18 de Junio de 1875.

A LA CARIDAD.

Al fin, mi baja lira
Te canta, oh Caridad; vibra en sus cuerdas
Te delicioso nombre,
Guarda y escudo protector del hombre.

Dios mismo, con largueza,
Te bendijo abeterno; generoso
Te vistió de hermosura,
Y en torno te ciñó de lumbre pura.

En tu serena frente,
Puso halagüeño divinal corona;
Cetro de oro, en tu mano;
Y en tus hombros, el manto soberano;

Y en la más alta esfera,
Lugar de dichas, elevado trono
Te dió, que, rutilantes,
Zafiros mil adornan y diamantes.

Tu reino, allí: de hinojos,
Un pueblo numeroso allí te adora;
Un pueblo que, en la pira
Ardiendo del amor, de amor suspira.

En tanto, cariñosa,
De ventura y de paz ricos tesoros
Con fervoroso anhelo
Bella derramas por el ancho cielo....

Si, como allá en la altura,
Dominases aquí; si feudo tuyo
Fuesen los corazones,
Desde el remoto Sur á los Trïones;

No entónces cruda guerra,
De discordias sin fin madre fecunda;
No míseros clamores,
Que resuenan do quier espantadores:

Tan sólo florecieran
La fe incorrupta, la amistad, la santa
Celestial armonía,
Y la cándida paz y la alegría.

Que los hombres, unidos
Con lazo fraternal, siempre hallarían
De placer inocente
Rauda, copiosa, inextinguible fuente.

Mas ¡ay! negras pasiones,
Cual furias del averno, conjuradas
En contra del humano,
Nieblas levantan con furor insano;

Y tu espléndido rostro
A los ojos ocultan; oscurecen
La luz que él nos envía,
Y en noche nos sumergen triste y fría.

¡Oh Caridad! tus rayos
Rasguen la nube; tu sagrado fuego
Abrase ya la tierra,
Y léjos huya la maldad, que aterra.

Valencia, 1872.

Á LA MUERTE

DE D. ANTONIO APARISI Y GUIJARRO.

¿Dónde estás, ¡oh dolor! sabio querido,
Prez y ornamento de la patria mía?
Tu nombre esclarecido
La fama repetía;
La fama lo repite
Y ensalza, cual solía;
Mas ¡ay! la esplendorosa
Llama del genio, que osciló en tu frente,
Y destellos de luz resplandeciente
Irradiaba do quier; tu egregio númen,
Tu espíritu inmortal, tu melodiosa
Palabra ¿adónde fueron?
Cual piedra, en lo profundo
Caíste de la fosa,
Y númen y vigor desparecieron.
Bien como suele por el ancho espacio
Estrella encantadora,

Con ala voladora
De lumbroso topacio,
Rauda cruzar, y en el azul sereno
Del cielo hundirse que le abrió su seno.

No existe aquel Antonio
Que al huérfano infeliz, al indigente
Llamaba dulce hermano;
El que cruzó este mundo,
Puesta la vista en Dios, alta la frente,
Y libre el pecho de rencor insano;
El que en sereno día,
Con medrosos acentos,
A su adorada patria, que le oía,
Predijo tiempo aciago
Y negra tempestad y rudo estrago.
Á tal varon, al hijo, cuya gloria
Es, cual rayo de luz, clara y fulgente,
Y pura como el sol,—triste y doliente
Consagra Edeta funeral memoria.

Álzase en tanto, grave y enlutada,
Noble matrona: en Aparisi fija
La vista, y... ve un cadáver.
La madre Iberia, en lágrimas bañada,
Publica su dolor; su pesadumbre,
Del hondo pecho exhala entre gemidos,
Que del humilde valle á los ejídos
Van, y del llano á la enriscada cumbre.
—«Ha muerto,»—dice,—«ha muerto
El hijo ilustre, que me dió amoroso
Del alma la mitad; el que, arrobado,
En el coro de vates armonioso,
Cantó feliz con plectro victorioso

La gloria de Bailén; y al ver que un día
Contra el África impura mis venganzas
Iracunda vibré cual presto rayo,
Con estro peregrino
Rompió en canto divino,
Que allá en su tumba conmovió á Pelayo.»—

¡Y se extinguió esa voz!... ¡Ay! ¡ni suspira!...
¡Y yace rota la sonante lira!...
¡Oh! vive, vive eterno,
Vate orador, del mundo en la memoria.
Tu nombre, tus laureles,
Tus vaticinios fieles,
En página inmortal dirá la historia.

Valencia, Noviembre de 1872.

La Dicha.

Desde que, tiernos, vieron mis ojos,
Por vez primera, la luz del alba,
Una secreta pasion ardiente
Siento en el alma.

Y aunque, soplando vientos de olvido,
Tenaz el tiempo quiere matarla,—
Creciendo siempre, siempre en mi pecho
Vive su llama.

De varias artes, de mil industrias
Usé afanoso por mitigarla;
Y en mis intentos burlado siempre,
Dejo ya que arda.

Mas ¡ay! no puedo vivir tranquilo:
Busco la *Dicha;* quiero gozarla.
Esta secreta pasion ardiente
Roba mi calma.

Ya no á los hombres, con vivo acento,
Llamo y pregunto por mi adorada.
¿Quién la conoce?... ¿Quién nunca ha visto
Mi hermosa dama?....

¡Ea! vosotros, valles humildes,
Montes altivos de herbosas faldas,
Verdes praderas, cármenes bellos,
Ríos de plata;

Mar, cuyas ondas jugando leves,
Ó bien rugiendo con furia insana,
Saben misterios impenetrables
Que nadie alcanza;

Aire, que giras, vagando libre;
Aire, que meces nubes de nácar;
Tú, que murmuras plácidas trovas
En la enramada;

Sol, que recorres el ancho mundo,
Y allá en la esfera como rey mandas;
Titan altivo, que el orbe alumbras
Con tu mirada;

Sol, nubes, aire, mares y ríos,
Cármenes, prados, montes, cañadas,
¿Dónde la *Dicha*, que ansioso busco,
Há su morada?...

—«En el Olimpo, region de gloria,
Reina la *Dicha*, paz de las almas;
Y en las alturas del firmamento,
Brilla su alcázar.»—



A Dios.

¡Señor de cielo y tierra, que allá en el firmamento
Descansas sobre un trono de luz y majestad!
Inclínate á mis voces, y, á par de tu alto asiento,
Elévese á Ti fácil la voz de la humildad.

Errante sobre el polvo de tierra maldecida,
Sombrío, inmenso campo de penas y dolor,
En vano pide el hombre con voz desfallecida
Un lienzo que empaparon el llanto y el sudor.

En vano el indigente demanda, porfiado,
Remedio á quien no tiene para su boca pan:
¿Se espera de un enfermo solícito cuidado?...
¿Ó bien los infamados honor ni gloria dan?...

¡Señor! ¿y qué es el hombre?... Nacido sin tu gracia,
Desnudo de tus dones, lanzado del Eden,
Es sólo un desterrado, que llora su desgracia,
Vistiendo negro luto por su perdido Bien.

¡Señor! ¿y no habrá nadie que, viendo mi quebranto,
Tender pueda benéfico sus manos hacia mí?...
¿En vano día y noche salud al cielo santo
Demandaré con ayes?... ¡Oh! no; que estás allí.

Tú velas, cuando el sueño difunde vagaroso,
Por el cansado mundo, su plácido sopor;
Tú escuchas la plegaria que exhala temeroso,
Con labios balbucientes, el pobre pecador.

Lo mandas, y al momento levántase el caído;
Los pechos anhelantes consuela tu alma paz;
En férvida alegría conviertes el gemido;
Disipa las tinieblas un rayo de tu faz.

Mas ¡ay de los que, necios, alzando á Ti su frente,
Con loco desvarío desprecian tu poder!
¡Ay de ellos, si tu enojo desborda cual torrente!
¡Oh! ¿quién podrá, sereno, tus iras no temer?...

En vano son entónces broquel y peto y mallas;
Los círculos de hierro son todos leve crin:
Tú abates poderoso las más altas murallas,
Las torres más robustas, al eco de un clarin.

Si tocas iracundo con mano vengadora,
Derribas al que, infame, te quiso derribar;
Confundes al impío de lengua mofadora,
Y, el rayo fulminando, le abrasa tu mirar.

. . . .

Doblada la rodilla, ¡Señor! en tu presencia,
Con lágrimas ardientes yo baño tu escabel;
Y pues que mil perdones le pido á tu clemencia,
Perdóname, Dios mío; seré tu siervo fiel.

Valencia, 1865.

Á NUESTRA SEÑORA DEL REMEDIO,

PATRONA DE UTIEL. *

En tu presencia, oh Vírgen,
Honor de nuestro suelo,
De puro, ardiente anhelo
Palpita el corazon;
Y él alma, estremecida
De célica ventura,
Te ensalza, y con ternura
Te rinde adoracion.

Un monte aquí es tu trono;
Las cumbres eminentes
Ofrecen reverentes
Coronas á tu sien;

* Se la venera en un santuario situado en la sierra de Negrete, en el término de Utiel.

Henchidas de perfume,
De plácidos olores,
Las plantas y las flores
Tapizan tu escabel.

La cándida avecilla
Te eleva dulces trinos;
Con rayos diamantinos
Te alumbra bello el sol;
Las nubes de la tarde,
Flotando vagarosas,
Te brindan cariñosas
Su fúlgido arrebol.

La plateada luna,
La reina de la noche,
Que en argentado coche
Pasea su beldad;
La luna, cuando alegre
Te ve desde la esfera,
Suspende su carrera
Y aplaude tu bondad.

Tus hijos, que en Ti ponen
Su amor y su esperanza,
Y en himnos de alabanza
Pregonan tu poder,
Ofrendas numerosas
Te llevan á porfía,
Y humildes, oh María,
Se postran á tus piés.

¡Reina, que en alto solio
Con majestad fulguras!
¡Reina de paz, que auguras
Dichas al hombre fiel!
Si en temeroso día
La tempestad rebrama,
A Ti no en vano clama
Tu predilecta Utiel.

Cuando los mustios campos
Te piden, anhelantes,
De lluvias fecundantes
El líquido cristal;
Mandas, y densa nube,
Pronta á tu voz, se extiende;
Desátase y desciende
Benéfico raudal.

Con pavorosas alas
La peste fué girando,
Los aires azotando
Con sin igual ardor.
El monstruo ve á tu pueblo,
Que exterminar ansía:
Le ve...; pero María
Quebranta su furor.

Si Dios del pueblo tuyo
No atiende á los clamores,
Si niega sus favores
Y crece nuestro mal;

Con férvidas plegarias
Remedio en Ti buscamos,
Y en Ti la fuente hallamos
De gracia perennal.

Que Tú, propicia, escuchas
Al huérfano que llora;
Del niño que Te implora,
Tú calmas el dolor;
Y al jóven, y al anciano,
Y al mísero indigente,
Socorres diligente
Con maternal amor.

Si derribarnos quiere
Satan con golpe rudo,
Tú seas nuestro escudo,
Tú seas nuestro bien;
Y el día que la Parca
Nos hunda en triste fosa,
Franquéanos bondosa
Las puertas del Eden.

Utiel, Mayo de 1874.

AL P. JUAN ARÓLAS,

DE LAS ESCUELAS PÍAS DE VALENCIA.

¡Malogrado vate ibero!
Fué tu canto prolongado,
Como la flor delicado,
Como el aura placentero;

Que, hasta en horas de dolor,
Tu corazon y tu mente
Perfumaba suavemente
Con sus aromas Amor.

Todo ante ti sonreía:
Cielo, tierra y mar azul;
Edeta como Stambul,
Que se baña en onda fría.

Todo á tu fácil laúd
Arrancó dulces acentos:
Fuentes, aves, flores, vientos,
Cuanto vi de norte á sud.

Del pasado á las leyendas,
A los misterios de Oriente,
Cual bellísimo presente,
Diste líricas ofrendas;

Y eras grande sin segundo,
Si, dejando cuentos de hadas,
Con las alas desplegadas
Te salías de este mundo.

Entónces, de dicha en pos,
Fija tu vista en el cielo,
Subías con raudo vuelo
Allá, para ver á Dios;

Y con afecto filial
Le cantabas con tu lira,
Que, si áun hoy de amor suspira,
Es de amor santo, inmortal.

Cisne del claustro, cantor
Cuyos últimos gemidos
Por los céfiros mecidos
Oyó el Turia con dolor;

Si las auras, cariñosas,
Tus cenizas removieran,
De tus cenizas salieran
Elegías melodiosas.

Valencia, 5 de Enero de 1872.

A Melpómene.

(TRADUCCION DE HORACIO.) *

Á quien tú, una vez sola,
Con plácido semblante,
Mirares, oh Melpómene, en su cuna,
No verás celebrado
Como púgil triunfante
En los juegos del Istmo; ni llevado
Por bruto volador, en elegante
Carroza de la Acaya; ni ciñendo
Verde laurel, porque de hinchados reyes
Humilló el alto solio,
Su triunfo esclareciendo,
La cima dominar del Capitolio;

* Lib. IV, oda 3.ª

Sinó, junto á la pura
Onda que baña la fecunda Tíbur,
Y de frondoso bosque en la espesura
Su musa dispertando, el alto vuelo
Seguir del vate, que se encumbra al cielo.

De Roma prepotente,
La de ciudades mil reina y señora,
Dígnase el hijo ya ponerme ahora
Entre vates ilustres; é, impotente,
Muérdeme apénas envidioso diente.

¡Oh Musa, que moderas
Los dulces sones de mi plectro de oro!
¡Oh tú, que, si quisieras,
Al mudo pece dieras
Canto de cisne! si el que pasa y mira,
Muéstrame con el dedo, y soy llamado
Fiel tañedor de la romana lira;
Si respiro y agrado,
Si es dulce mi memoria,
Todo lo debo á ti: tuya es la gloria.

Utiel, 5 de Diciembre de 1872.

Á UNA NIÑA,

QUE FALLECIÓ Á LOS 4 AÑOS DE EDAD,

SUS DESCONSOLADOS PADRES.

EPITAFIO.

De nuestro amante corazon la herida,
Que tu muerte ¡ay dolor! abrió sin duelo,
Sólo puede cerrarla, Hija querida,
La mano del Señor, que está en el cielo.

Valencia, 21 de Junio de 1876.

El Ciego.

¡Siempre tinieblas!... La luz
Huye de mí recelosa;
Y me persigue y me acosa
La noche, mi eterna cruz.

No vi nunca un arrebol;
No vi la aurora rïente,
Ni la faz pura, esplendente
Del astro, que llaman sol.

Dicen que todas las flores
En pétalos olorosos
Lucen variados, hermosos,
Vistosísimos colores;

Que es verdoso el mar profundo;
Que es azul el firmamento;
Que, de hermosura portento,
La de Dios refleja el mundo.

Y dicen.... ¡Pobre de mí!
¡Oir hablar de hermosura,
De colores, de luz pura,
Yo que ciego ¡ay Dios! nací!...

¡Dios clemente! por piedad,
Haz que al fin tus obras vea:
Cáos por siempre no sea
Para mí la inmensidad.

En éxtasis arrobado,
Tus crïaturas al ver,
Tu bondad y tu poder
Bendijera enajenado;

Y de gratitud muy pía
Rebosando,—en vario tono,
Mil cantares á tu trono
Con amor elevaría.

¿Por qué en noche tenebrosa
Vivo yo?... ¿Por qué, apagada,
Gira triste y enlutada
Mi pupila vagarosa?...

Gozo es grande y gran ventura
Ver á madre bendecida,
Y en su faz bella y querida
Ver pintada la ternura.

Pero yo, infeliz, que digo
—«¡Madre! ¡madre!»—tan ufano,
Quiero verla, pero en vano:
Siempre á oscuras la bendigo.

¡Suerte fatal! ¡sino triste!
¡Cuántas veces, errabundo,
Digo yo, meditabundo:
—«¡Pobre ciego! ¿á qué naciste?...»—

Dicen que inspiro piedad....
¡Ay! ¿por qué algunos mezquinos,
Cuando ven mis desatinos,
Insultan mi ceguedad?...

¿Y por qué la plebe osada
Me atormenta envilecida,
Celebrando mi caída
Con infame risotada?...

Apoyado en un baston,
Por el mundo caminando,
Voy dudoso mendigando
El pan de la compasion.

Dirijo humilde mi ruego
Con obstinada porfía;
Con triste melancolía
Digo á todos.... que soy ciego.

Y si canto, no es que lata
Venturoso el corazon:
En mi boca una ficcion
Es la música más grata.

Y si, mintiendo alegría,
Pulso cítara sonora,
Es.... que la cítara implora
Con suspiros de armonía.

Tambien esconden sus penas,
Tambien dan su voz al viento
Con artificioso acento
Muchos que arrastran cadenas....

Muchos miran con horror
La lobreguez de la tumba,
Y al que la Parca derrumba,
«¡Pobre!» llaman con dolor.

Á mí, oh Muerte, no me aterra,
Cual fantasma, tu semblante:
Yo soy un muerto ambulante;
Mi sepulcro, la ancha tierra.

¡Ea! empuña la cuchilla;
Vibra, vibra el hierro agudo;
Hiéreme con golpe rudo,
Y al que no te teme, humilla.

¿Por qué tardas?... Sombra espesa
Impídeme ver el cielo:
Estas sombras, este velo
Quedan rotos en la huesa.

Caiga pronto el valladar;
Brille el sol de mi esperanza·
De hito en hito con pujanza
Los orbes quiero mirar.

Y pues, de la Parca fiera,
Otra vida surge en pos,
Si consigo ver á Dios,
¡Oh! ¡bendita mi ceguera!!!

Albarracin, 7 de Diciembre de 1869.

LA VOZ DEL ARREPENTIMIENTO.

¡Perdon, mi Dios!... He pecado
Contra Ti, cual siervo infiel;
Quise alzarme, y he bajado,
Por el cielo abandonado,
De los necios al nivel.

¿Qué se hicieron tus favores,
Que me honraban de contino?
¿Y aquellos días mejores,
Cuyos vivos resplandores
Alumbraban mi camino?

¿Qué se hicieron las ternuras
Que á tu siervo enajenaban?
¿Qué se hicieron tus dulzuras,
Que la hiel, las amarguras
De mi pecho desterraban?

Presa yo de largo duelo,
Rompí el aire con gemidos;
Sólo abrojos me dió el suelo,
Y pavor el alto cielo
Con sus truenos repetidos.

¡El mundo!... Me sonrió
Con mentido gesto vano:
Astuto me enamoró;
Pero luégo me trató
Á guisa de vil tirano.

Él su gloria, su pujanza
Mostrando y su rica pompa,
Me decía:—«Sin tardanza,
Pactemos firme alïanza;
Fío en ti que no se rompa.»—

Él me convidó á su mesa,
Donde, en báquico festin,
Sellamos nuestra promesa:
Yo, de amarle hasta la huesa;
Él, de ensalzarme sin fin.

Y, necio, con ufanía,
Con frenesí le adoraba;
De noche como de día
Que yo le amase quería,
Y mi amor siempre velaba.

Y en medio á la oscuridad,
Cuando no podía ver
Cuánta fuera mi maldad,
Del mundo la vanidad,
Y lo breve del placer;

Plugo á Dios, padre amoroso,
Desde la celeste altura,
Un rayo de lumbre pura
Dirigirme bondadoso,
Porque soy su criatura.

Hora veo, rota ya
La venda de la ilusion,
Qué es el mundo, lo que da
Al que siempre tras él va,
Que es un fin de perdicion.

Su cetro, la iniquidad;
Y la infamia, su corona:
Yace á sus piés la verdad,
Que es de célica beldad,
Por ser celestial matrona.

¿Y en tal monstruo yo adoré?...
¡Ay de mí! ¿qué es lo que miro?...
¿Y á sus glorias anhelé?...
¡Perdon, mi Dios! yo pequé:
Blando acoge mi suspiro.

Á LA PRECIOSA NIÑA

ELISEA MODESTA AMBRÓS.

Niña tierna, candorosa,
Que al albor de la mañana
Vences pura,—y de la rosa,
Flor gentil, flor aromosa,
Tomas tu color de grana;

Niña, que ostentas de Abril
La placentera ufanía,
Cuando, sin insecto vil
Que los roa, mil y mil
Pimpollos brota la umbría;

El olor de la inocencia,
Como delicioso aroma
De las vegas de Valencia,
Grato aspiro en tu presencia,
Que es de cándida paloma.

¡Quién pudiera, como tú,
Lucir hoy tan gran tesoro!...
A su lado, es el tisú
Pobre tela; y del Perú,
Nada son las minas de oro.

Días siempre placenteros
De la infancia venturosa,
¡Nunca más tornaré á veros!
Desparecisteis ligeros,
Como burbuja espumosa.

Tus ojuelos, Elisea,
Brillan con luz divinal;
Es tu rostro una presea,
Do permites que se vea
Tu candor angelical.

El mirar de los mayores
No es tan dulce, tan brillante;
Ni, como en tiempos mejores,
Ya los plácidos amores
Refleja nuestro semblante.

Vuela siempre la verdad
Al derredor de tu boca;
En tu lengua, no hay maldad;
No te asedia la impiedad,
Que desluce cuanto toca.

Mas al que probó del mundo
Los amargos desengaños,—
Falsía, rencor inmundo,
Escepticismo profundo
Le persiguen con los años.

Para ti, todo es cariño,
Ventura, triscar sin frenos;
El jóven, el viejo, el niño,
Todos llevan blanco armiño,
Todos son ángeles buenos.

Yo. ¡mísero! gozo el bien
En fugaces intervalos,
Y, con insigne desden,
Miro á muchos; que tambien
Hay muchos ángeles malos.

Cuando llegues á la edad
De los locos devaneos,
De la fútil vanidad,
De la febril ansiedad,
De los ardientes deseos;

Cuando en su copa dorada
Te brinde el mundo placeres,
Amistad, amores,—nada
Podrá hacerte más amada,
Mas feliz de lo que hoy eres.

Que la niñez bendecida
Es la edad del embeleso:
Nada es más dulce en la vida,
Que de una madre querida
El enamorado beso.

Que tu madre dé á tu frente
Hoy mil ósculos de amor,
Niñez tierna lo consiente;
Quizá se oponga inclemente
Mañana falso pudor.

Hoy tus ojos no codician
Sino monte y selva y prado;
Hoy las auras te acarician;
Hoy viles no te desquician
Los intentos de un malvado.

Mañana vendrán los notos
Y los cierzos bramadores;
Mañana quedarán rotos
Los velos de hoy, y harás votos
Por no ver tantos horrores.

¿Qué te importan los anillos
Con sus piedras relucientes,
Los collares, los zarcillos,
Esos rebuscados grillos,
Que aprisionan á las gentes?

¿De qué valen para el bien,
Que en el alma oculto queda,
Mucho tráfago y vaiven,
Mucha plata, mucho tren,
Veste de joyante seda?...

Si por linda y tierna vales,
Por *modesta* vales más:
Más que con ricos metales,
Precaverte de los males
Con tu *modestia* podrás.

Que has de ver cuál, desterrada,
Gime triste la virtud;
Has de ver cuál, descocada,
Matrona muy alabada
La reduce á esclavitud.

Has de ver, cómo el delito
Irgue su frente, altanero;
Cómo, procaz, alza el grito,
Proclamando, cual precito,
El reinado.... del acero.

Y has de ver con esos ojos,
Que hoy flores tan sólo ven,
Zarzas y espinas y abrojos,
Que dan grima y dan enojos
Al que suspira un Eden.

Si, pues, creciendo en edad,
De este mundo baladí
Has de ver la falsedad;
Perezoso, por piedad,
Vuele el tiempo sobre ti.

Albarracín, 14 de Enero de 18[illegible].

EL AVARO.

Parco, egöista, villano, sórdido,
De vil dinero la sed le abrasa;
Con pena al dejarlo de noche,
Remíralo con amor, y marcha.

Y vuelve pronto, medroso, pálido,
Porque un sonido zumbó en las auras;
Las llaves requiere y aplica
Con tímida rapidez al arca.

¡Abre!... Sus ojos allí en el cúmulo
De plata y oro, saltones clava.
No puede contar...: al mezquino,
Rubias onzas de la mano saltan.

Siempre soñando que será víctima,
Do quiera finge vanos fantasmas;
Y siempre infeliz, en su pecho
Surcos hondos la tristeza labra.

Sí; del avaro, la paz, el júbilo
Veloces huyen con prestas alas;
Y negra ansiedad, largo insomnio
Al mísero, cual veneno, matan.

Valencia, 1866.

EXISTENCIA DE DIOS.

¡Señor! ¡Señor! ¿quién, osado,
Tu Ser infinito niega,
Que, irradiando vivas lumbres,
Al espíritu se ostenta?

No es el niño, que bendice
Al Criador de cielo y tierra,
Cuando mira en torno suyo,
Y al contemplar las estrellas.

No es el jóven, cuyo pecho,
Movido de ignota fuerza,
Si en Ti medita, se inflama,
Y, adorándote, se eleva.

No es el varon generoso
De pujante, firme diestra,
Que, á un poder omnipotente,
Fiel se humilla y le venera.

No el anciano, á quien reclama
Con negras fauces la huesa,
Mas no en la tumba sombría
Mira el fin de su existencia.

No es el sabio, cuya mente,
Discurriendo en mil problemas,
Á cada paso contigo,
Contigo, mi Dios, tropieza.

No es tampoco.... Pero ¿quién
Negar puede tu existencia?
¡Solo el necio, que no siente
Ni el rubor de la vergüenza!...

Tu hermosura incomparable,
Cual destellos, me revelan
Las galas de los jardines,
La pompa de las florestas;

Tu bondad, blando el rocío
Que se cuaja en frescas perlas,
La clara fuente, la noche,
Dulce alivio á los que penan;

Tu furor, el rayo ardiente
Y el trueno que ronco suena,
El volcan, el terremoto
Y el rugir de la tormenta;

Tu poder, la creacion;
El Euro, tu sutileza;
Tu inmensidad, el espacio
Sin confines ni fronteras.

Sí, ¡mi Dios! ¡tu Ser augusto,
Cual fulgente sol, do quiera
Con rayos esplendorosos
Brilla eterno, eterno reina!!!

Valencia, 27 de Junio de 1872.

Á LA SANTÍSIMA VÍRGEN.

Á Ti, la poderosa,
Festivo el Ángel canta;
Mas hoy gime á tu planta
Un pobre pecador:
Un pobre, que, ignorando
La célica armonía,
Á Ti tan sólo envía
Suspiros de dolor.

Cercáronme tinieblas
Y cuitas y temores
Y tétricos horrores
De torva, airada faz;
Y tristes ansiedades,
Y amargos desengaños,
Y mil y mil amaños
Robáronme la paz.

Á goces bien livianos,
Yo tuve amor profundo;
Yo, necio, amé del mundo
La pompa y vanidad.
¡Y el mundo, en recompensa,
Crüel me tiraniza,
Me estrecha, me esclaviza,
Me ahoga sin piedad!...

Cual suele un enemigo,
Que oculta rencor fiero,
Sus iras no al acero
Fiar ni al vil puñal;
Y luégo, en el banquete
Que ofrece artificioso,
Brindarnos ominoso
Con tósigo letal;

Así tambien el mundo,
Cuando se finge amigo,
Con fraude que maldigo,
Sonríe por do quier;
Y si por caso vence
Del alma el temple vario,
Corrompe temerario
Las fuentes del placer.

Mas Tú, fácil al ruego
Del mísero que llora,
Tu mano bienhechora
Le tiendes con amor;

Tu mano que, vertiendo
Las gracias á raudales,
En blanda paz los males
Convierte y el dolor.

Como del mar las ondas,
Que irrita noche oscura,
Sosiega la luz pura
Del sol matutinal;
Así del pecho nuestro
Las iras, los enojos,
Calma la de tus ojos
Mirada celestial.

Mírenme, pues, oh Vírgen,
Tus ojos siempre bellos;
Alumbren sus destellos
La senda de mi error:
Y, como sueles, pía,
Tiende hacia mí tu mano;
Tiéndela, que un humano
Demanda tu favor.

Que ya, si, bendecida,
Tu amparo mi alma siente,
¡Vírgen! á Ti la frente
Sereno alzar podré;
Y si en feliz halago
De Jehová el encono
Tornares, á su trono
Tambien la elevaré.

Y entónces, no más ayes
Ni lúgubres lamentos
Ni flébiles acentos
Mi boca exhalará;
Y en vez de los suspiros,
Un canto de alegría,
Un himno, Madre mía,
Votivo entonará.

Valencia, 1868.

A UN NIÑO.

Tú lo ignoras, Niño bello:
Dígote, pues, que tus ojos,
Que tus lindos labios rojos
Lanzan fúlgido destello;
Que la albura de tu cuello,
Tu semblante purpurino
Y ese pecho alabastrino
Hacen que, al verte en la cuna,
Diga con frase oportuna:
—«¡Qué gracioso! ¡qué divino!»—

¿Ledo ríes?....—Goza ufano;
Veces mil bendito seas;
Evita feliz las feas
Dolencias del triste humano.

Ríe, ríe.... Sí, tirano,
Jamas te abruma el dolor;
Si del tiempo volador
Nunca sufres los azares,
Á tu dicha mil cantares
Dirá ledo el trovador.

¿Triste lloras?... ¡Pobrecillo!
¿Por qué, siendo tú inocente,
Aparece ya en tu frente
Nube de siniestro brillo?...
¿Qué saeta, qué cuchillo
Traspasó tu corazon?...
Tú disipas la ilusion
Que de mí se apoderaba,
Cuando á tu dicha pensaba
Entonar una cancion.

¡Ventura!... si ni el infante,
De sus padres embeleso,
Goza siempre de tu beso
Dulce, tierno, puro, amante;
Si en su cándido semblante
Del dolor las huellas miro,
¿Por qué yo, necio, me admiro,
Cuando el ansiado placer,
Cual celeste rosicler,
Viene y vase en raudo giro?...

El Poeta.

¿Quién hoy te escucha, Pöeta?
¿Quién obedece á tu voz?
¿Por qué pertinaz arrancas
Á las cuerdas blando són?

¿Por qué aspiras á laureles
En un siglo engañador,
Que los da y los aja impío
Con la mano que los dió?

Más halaga que las trovas,
El metal fascinador;
Más que tu voz, siempre débil,
Es fuerte la del cañon.

¿Por ventura tu cabeza
Con los versos se alteró?...
No, mil veces: de tu fuego,
Son tus versos la explosion.

Y ese fuego activo, ardiente,
Secreto, devorador,
Cuyas llamas te iluminan
Mucho más que la del sol;

Ese raudal de armonía,
Que se escapa con hervor
De tus labios, cuando entonas
Extático tu cancion;

Ese acento melodioso
Tan süave y seductor,
Son el rico patrimonio,
Que debes al mismo Dios.

Tú vives en otro mundo,
Con lisonjera ilusion;
Quizas arrobado llegas
Al trono de tu Hacedor.

Tal vez alto pensamiento
Cruza tu mente, veloz;
Tomas la lira, y estalla
Con la lira el corazon.

Ó tal vez con magia oculta
Nos arrastras de ti en pos,
Y vemos enajenados
Lo que nunca el ojo vió.

Si, pues, el cielo, Pöeta,
Tan gran poder dió á tu voz;
Si tan sólo al cielo debes
El estro, la inspiracion;

Aunque el mundo, que es menguado,
Se ría del Trovador,
Canta impávido, y eleva
Tus cantares hasta Dios.

Albarracin, 2 de Enero de 1869.

EN UN CEMENTERIO.

I.

Era una tarde: tras excelso monte
Se hundía el sol poniente,
Vaga sombra robando al horizonte
Su púrpura esplendente.

Yo, solitario, por el campo ameno
Mis pasos dirigía,
Soñadora vagando ya sin freno
Mi ardiente fantasía,

Cuando me hallé en un vasto cementerio,
Do reposa el finado,

Y vi bajar envuelto en el misterio
    Un mensajero alado.

¡Un Ángel!... ¡oh visión!... Sus ojos, bellos;
    Su labio, purpurino;
Su frente, nacarada; sus cabellos,
    Cual hebras de oro fino.

Su peregrino rostro parecía
    Un cielo en su hermosura,
Y por do quier brillante despedía
    Destellos de luz pura.

Y percibí un rumor ligero y blando
    De plumas conmovidas,
Y vile detenerse, replegando
    Sus alas extendidas.

Y en torno descubrí cien epitafios,
    Blasones de grandeza,
Huesas humildes, altos cenotafios,
    Vanidad y pobreza.

Y atónito, al mirar aquel recinto
    De aspecto funerario,
Vacilaron mis piés, y, por instinto,
    Paréme ante un osario.

II.

—«¿Á qué has venido, mortal?»—
Dijo el Ángel con voz firme;
—«Cumple á tu bien el decirme
Si tu intento es mundanal.

»¿Oyes el viento que zumba?...
Si tu empeño es temerario,
Derribado en este osario,
Ha de tragarte una tumba.

»¿Llegas con sinceridad?...
Bendiga Dios tu intencion:
Es esta triste mansion
Escuela de la verdad.

»Para que entiendas mejor
La enseñanza de las fosas,
¡Que se levanten las losas!...
¡Que cese ingrato rumor!...»—

Á esta voz los aquilones
Obedientes se callaron,
Y descubiertos quedaron
Sepulcros y panteones.

III.

Voz 1.ª

—«Yo ceñí de la inocencia
La aurëola, con decoro;
En el mundo este tesoro
Hizo amable mi existencia.

»Del cáliz de los engaños,
No libé una sola gota:
Al comenzar, quedó rota
La cadena de mis años.

»Ave de paso en la tierra,
Un día, al primer albor,
Del astuto cazador
Evité la cruda guerra.

»Y subí sobre las nubes;
Y, remontando mi vuelo,
Pude llegar hasta el cielo,
Donde moran los querubes.»—

CORO DE MUERTOS.

—«Venid, queridos niños,
Venid con pié ligero;
Que pronto el mundo entero
La guerra os moverá.
»De abrojos erizada,
La tierra es madre impía:
Buscad la tumba fría,
Que grato asilo da.

»En élla el cuerpo inerte
Descansa en paz profunda,
Miéntras al alma inunda
La gloria del Señor.
»Que de los niños tiernos
El alma bendecida,
Encuentra en Dios la vida,
La dicha y el amor.»—

Voz 2.ª

—«Ornó mis labios bozo rubio: apénas
Si mi frente besaron quince abriles;
Y apagó mis alientos juveniles
Soplo de muerte que sentí en mis venas.

»¡Pobre mortal, que, de esperanzas lleno,
Cálculos fundas en tu edad lozana!
Dime, te ruego: ¿lucirá mañana
Un día para ti limpio y sereno?»—

Voz 3.ª

—«Ni el dinero, que mis arcas
De ferrado roble henchía,
Ni los vistosos palacios,
Ni las riquísimas quintas,
Ni el enjambre de sirvientes
Que en torno mío bullían,
Ni los banquetes espléndidos,
Ni la dorada vajilla
Fueron parte á detener
De la Parca la cuchilla.
Y ¡oh sarcasmo! allá en el mundo,
Cuando entre necios vivía,
Me llamaban poderoso
Los que en el oro confían.»—

Voz 4.ª

—«Al que, ambicioso, como yo, su frente
Levanta al cielo con orgullo loco,
Tenedle compasion: está demente,
Y al suelo caerá dentro de poco.
»¡Mirad al infeliz!... ¡mirad cuál sube!...
Casi llega, gigante, á las alturas....
Al tocar animoso la alta nube,
Vengará rayo ardiente sus locuras.»—

Voz 5.ª

—«Huyendo de los engaños,
Á las puertas de la ciencia
Con pertinaz insistencia
Llamé días, meses, años.

»Nunca cejé. De constancia
Dando al mundo firme ejemplo,
Del saber en el gran templo
Quise entrar desde mi infancia.

»Hasta que al fin, lentamente,
Sobre su quicio las puertas
Giraron; vilas abiertas,
Y di un paso reverente.

»Ya en el templo, lumbre pura
Me bañó con su esplendor....
De la muerte el estertor
Sobrevino, y con premura
Me arrojó en la sepultura.»—

CORO DE MUERTOS.

—«La juventud y la suerte,
El poder, la ciencia, el oro
¿Qué son al fin?... ¿Qué tesoro
Redimirá de la muerte?...»—

IV.

—«Ninguno,»—con voz sonora
Dijo el Ángel; y callaron
Los muertos, y se cerraron
Los cóncavos sin fragor.
Vuelto súbito el semblante
Hacia mí en aquel momento,
Con severo y noble acento
Dijo el Ángel del Señor:

—«¿Has oído?... Por el mundo
Cruzarás cual dardo leve;
Y aunque tu vida sea breve,
Será rudo el batallar.
»Que la vida es como río,
Que, estrechado entre riberas,
Corre con ondas ligeras
Á su tumba, que es la mar.

»¡Hijo del hombre! no olvides
De los muertos la enseñanza;
Si deseas bienandanza,
Medita bien su leccion.
»Vete en paz. A mí me cumple
Subir al cielo estrellado.
Si aquí vuelves, á tu lado
Volveré de mi mansion.»—

V.

Y el Ángel del Señor abrió sus alas,
Tendió su raudo vuelo,
Pasó cruzando las etéreas salas,
Y reposó en el cielo.

Valencia, 1865.

Á D. LEANDRO CAMPOAMOR,

EN NOMBRE DE.....

BIENVENIDA.

¡Salud, oh Campoamor! El aura pura,
Cual nuncio de ventura,
Leda te halague; tu serena frente
Oree blandamente,
Batiendo placentera
Las alas que le presta Primavera;
Y henchida del perfume de las flores,
Y á manera de plácido zumbido,
Si no el cantar de dulces trovadores
Que suspiran amores,
Lleve al ménos á ti, lleve á tu oído
Esta voz, que es la nuestra: *¡Bien venido!*

Valencia, 5 de Junio de 1868.

LAS DOS FLORES.

Á mi amigo D. Jaime Vives y Puig.

Delante de un labrador,
Que silencioso escuchaba,
Con frecuencia platicaba
Una Flor con otra Flor.

Tenían la misma edad,
Igual familia, igual cuna;
La juventud y fortuna
Realzaban su beldad.

De un arroyo al dulce són,
Y en presencia de los cielos,
Sin conocer de los celos
El venenoso aguijon;

Un día tras otro día,
Conversaban con llaneza;
Y era tanta su franqueza,
Que su lengua no mentía.

De sus mil y mil cuestiones,
Un diálogo que oí
Quiero trasladar aquí,
Sabe Dios por qué razones.

—Conque dime, vida mía;
¿Cómo lo pasas?—Me siento
Abrasada por el viento
Que sopla del mediodía.

¿Y tú, querida?—Yo, bien.
Cuando el Austro, enamorado,
Nos visita en este prado,
Creo estar en un Eden.

Mira el sol: su lumbre es grata.
—¡Ay! su fuego me devora.
—¿Será que el sol en ti adora?
—No me adora, que me mata.

—¿Ves?... se acercan dos hermosas,
Que están hablando de Flores.
Símbolo de sus amores,
Nos saludan cariñosas.

—¿Y qué quieren?—No lo sé.
—¿Lo presumes?—Lo presumo.
—Dilo.—No.—(Yo me consumo.)
¿Me lo dirás?—Lo diré.

Mas ántes, (no te acalores),
Démosles la bienvenida.
—Jamas haré, por mi vida,
Cosa impropia de las Flores.

—Pero, amiga, si nos aman
Con delicada ternura....
—Para realzar su hermosura,
Nuestra hermosura proclaman.

—¿Saludamos?—Tú saluda.
—(¡Sandia!)—(¡Loca!)—Pues callemos.
—Si te parece, hablaremos
Con las aves.—Yo estoy muda.

—Dime al ménos, por favor,
Qué querian las hermosas.
—Presumo serían cosas
Referentes al amor.

—¡Siempre lo mismo!...—¡Es tan grato!...
—Me pudren los devaneos.
—¿No tuviste galanteos?
—Rara vez, y breve rato.

—¡Qué genio!... Sin duda tú,
Al verme con tanto afan
Hablando con mi galan,
Te darás á Belcebú.

—No te lo niego.—¡Enemiga!...
Pues yo siempre te diré
Que, á quien San Juan se la dé,
San Pedro se la bendiga.

—¡Abrenuncio!...—¿Qué dijiste?
—Que rechazo tus razones.
—No me vengas con sermones,
Que no quiero vivir triste.—

Así dos Flores hermanas,
Hijas de un mismo pensil,
Entretenían de Abril
Las tardes y las mañanas.

Y el labrador, entre dientes,
Decía, al callar las dos:
—«¡Hasta las Flores, buen Dios,
Tienen gustos diferentes!»—

Játiva, 27 de Junio de 1879.

El buen Maestro.

Industrioso el labrador
Rompe con agudo acero
La dura tierra, y al punto
Semillas vierte en su seno.
De fértil lluvia los campos
Inunda benigno el cielo;
Arraiga el gérmen y crece,
Desafïando los vientos.
Planta es ya.... Llega el Abril;
Y, bajo su dulce imperio,
Desarrollado en follaje,
Yergue su tallo altanero.
Mayo le adorna con flores
De matices siempre bellos,
Y el calor del sol ardiente
Le da frutos placenteros.
Así tambien mano amiga

De solícito Mäestro,
Cavando en el corazon,
Y su dureza mullendo,
Gérmen de virtud y ciencia
Siembra en él con santo celo.
Repetidas instrucciones
Y de piedad mil ejemplos
Son á la mente del niño
Como fecundante riego.
Y el amor, el puro amor,
Generoso, activo, tierno,
Es como aliento de Mayo
Que de flores cubre el suelo.
Pues él perfuma las almas
Con suavísimos oreos,
Que halagan más que de madre
Los enamorados besos;
Es reclamo misterioso,
Cuyos mágicos acentos
Detienen de la inconstancia
Los desacertados vuelos;
Y obliga, con su querer,
Á los más ingratos pechos,
Á rendir útil cosecha
De humanos conocimientos.—
¿Quién pagará los afanes
Y el amor de un buen Mäestro?...

Esto dije; y una voz,
Más sutil que el mismo viento,
Sonó dulce en mis oídos,
Con viveza repitiendo:
—«Mejor que el hombre en la tierra,
Los premia Dios en el cielo.»—

LUZ Y SOMBRAS.

Despliega la noche su fúnebre manto;
Con leve susurro murmuran las auras;
Y púdica brilla, velada entre nubes,
De cándida luna la luz argentada.

¡Silencio profundo!... Las aves ligeras
No fian al viento las trémulas alas,
Ni, alegres trinando, se dicen amores,
Ni lindas se mecen en péndulas ramas.

El bruto que, indócil, en anchas praderas
Lucía gallardo su noble arrògancia,
Ni bebe los vientos, corriendo ardoroso,
Ni goza piafando, ni bulle ni salta.

Acaso el mar hondo, cansado de horrores,
Naufragios y muertes y fieras borrascas,
Cansado de estéril, titánico empeño,
Quedóse dormido, besando la playa.

Y el hombre que, altivo, domando á natura,
Allí vida imprime, do fija sus plantas,
Y anima y transforma la ruda materia
Con artes sutiles y noble constancia;

Ni en arduos negocios ocupa su mente,
Ni explora del monte las ricas entrañas,
Ni eleva, brumado por largas fatigas,
Á par de las nubes bellísimo alcázar.

Mas vuelan las horas; termina la noche;
Dorando las cumbres, el sol se levanta;
Y trinan las aves, y corren los brutos,
Y el mar, ya dispierto, remece sus aguas.

Y el hombre que, inmóvil, tras duras labores,
En brazos del sueño las fuerzas restaura,
Levántase, y, ledo, cantando su dicha,
Á nuevos trabajos ardiente se lanza....

Lo quiso el Eterno: cual días y noches
En fáciles giros asoman y pasan,
Suceden al duelo sabrosos placeres,
Y al goce más puro las penas que matan.

SONETOS.

I.

LA PRIMAVERA.

Rodëada de mágicos fulgores,
Cuando llega gentil la Primavera,
Natura, reviviendo placentera,
Suspira delicada sus amores.
De verdes plantas y aromadas flores,
Luégo se viste el campo y la pradera;
Y suben esparcidos á la esfera,
Tributo al Hacedor, gratos olores.
Por los valles y montes se difunde
Gérmen de vida; su apagado trino
Renueva el ruiseñor; el gozo cunde.
Y, esperanzado el hombre, con divino
Plectro repite:—«Si la Parca me hunde,
Renacer de la tumba es mi destino.»—

Utiel, 19 de Diciembre de 1873.

II.

EL VERANO.

Quema el sol; arde el suelo. Entre sudores
Que caen hilo á hilo de mi frente,
Lánguido ansío cristalina fuente,
Donde apagar la sed y sus rigores.
Muerta ya la estacion de los amores,
Del Cancro abrasador por el ardiente
Soplo de fuego,—aléjome indolente
De la ciudad do vibra sus furores.
Y, ó busco grata sombra; ó en la playa,
Donde Neptuno plácido desmaya,
Pago del aura el beso regalado;
Ó con las ondas juguetonas juego,
Burlo el rayo del sol, y avivo el fuego
Del amor á mi Dios, que lo ha crëado.

Játiva, 11 de Diciembre de 1877.

III.

EL OTOÑO.

Á las de Iberia límpidas regiones,
Pausado llega, tras ardiente Estío.
Al sol canicular, que engendra hastío,
Le sucede otro sol, fecundo en dones.
El que alegra do quier los corazones
Vino espumante, hierve; de su brío
Muestras da el árbol de Minerva; un río
Manan las prensas entre agudos sones.
Sabroso fruto apilan de consuno
La fiel esposa, el labrador sencillo,
Y el niño jugueton con vivo anhelo.
Suenan mil cantos venturosos; y uno,
Bello, repite el mágico estribillo:
—«Quien siembre aquí, recogerá en el cielo.»—

Játiva, 9 de Diciembre de 1877.

IV.

EL INVIERNO.

Torna otra vez de nubes rodëado,
Que ciñen cual turbante las alturas,
El aterido Invierno; y leyes duras
Impone al valle, al cerro, al monte, al prado.
Sobre el undoso mar, ya desatado,
Corre iracundo el Bóreas; mal seguras,
Gimen las naves; hondas desventuras
Nuncia el roto timon abandonado.
Frígida lluvia las esferas hiende;
Nieve y escarcha por el aire cruzan,
Blanco sudario al moribundo suelo.
Y en tanto el hombre, cuyo ingenio aguzan
Níveas auroras, tiritando aprende
Á suspirar y amar el alto cielo.

Valencia, 17 de Diciembre de 1871.

V.

EL MAR Y LA TIERRA.

—¿Y no temes mis iras?... ¿No te humilla
Mi poder, que es inmenso, y el rugido
De mis hinchadas olas, que han sorbido
Lo que fiaste á la encorvada quilla?...
—¿Y por qué he de temer?... Basta una orilla
De menudas arenas, tu bramido
Á burlar y tu imperio: ¿y has creído
Con fraude sorprender mi fe sencilla?
—Ya ves que yo te ciño. En un momento,
Si me plugiese, te estrechara impío,
Y á la nada volvieras ó al profundo.
—Ya ves que nada puedes. Siglos ciento
Aunque amenaces con furor bravío,
Lo mismo que hasta aquí seguirá el mundo.

Valencia, 1865.

VI.

EXÁMEN DE RETÓRICA Y POÉTICA.

—Sírvase usted citar algun pöema.
—La *Mierdópolis*.—¡Uf!!!...—La....—Basta, basta.
¿Qué estilo es el mejor?—Soy entusiasta
Del natural y llano por sistema.
—¡Adelante!... pasemos á otro tema.
¿Qué es imágen?—¡Por Dios! usted me aplasta;
¿Ignora usted que soy iconoclasta?
—Y bien; imágen ¿qué es?—Una pamema.
—¡Qué desatino!...—¿Pues?... Yo soy sincero;
Y, pese á Barrabas y á este jurado,
Pienso y escribo y hablo, como quiero.
—Tal camino al honor está vedado.
—¿Cómo tal?...—Sí, á fe mía, majadero.
—Más es usted.—¡Silencio!... ¡Reprobado!!!

Valencia, Diciembre de 1871.

VII.

DON DINERO.

—«Héme ante ti. De hinojos por el suelo,
Beso humilde tus plantas. Es tu trono
Firmísimo, robusto, y al encono
Popular desafía sin recelo.
»Sin ti, es en vano que remonte el vuelo,
En el siglo actüal décimonono,
La inspiracion ó el genio: sé el patrono
Tú de mi musa, y subiré hasta el cielo.
»Yo cantaré tu deslumbrante brillo;
Yo, en tu redor, si plácido me dejas,
Susurraré lisonja perdurable.»—
Dijo así un pöetastro. Yo, al oíllo,
Tapé con ambas manos mis orejas,
Y grité avergonzado:—«¡Miserable!!!...»—

Valencia, 2 de Enero de 1872.

VIII.

Á D. ÁLVARO DE BAZAN,

PRIMER MARQUÉS DE SANTA CRUZ (3).

Gózase en ti, cual madre cariñosa,
Granada la oriental; la noble España
Te llama invicto; la altivez extraña
Con envidia te muerde ponzoñosa.
Del Ponto la ribera sinüosa
Do aboca el Tajo, el golfo do la saña
De Othman ahogaste, cuanto undoso baña
Mediterráneo, libre al fin reposa.
Reposa libre de congoja fiera
La tenebrosa Albion: la suerte impía,
Tu plan gigante convirtió en quimera.
Mas si plugiese á Dios que tú algun día
Te levantaras; si Bazan viviera,
Albion, presa de espanto, se hundiría.

Valencia, 4 de Enero de 1872.

IX.

AL ENLACE DE MI AMIGO

D. FRANCISCO MIGUEL FERRER

CON LA SEÑORITA DOÑA AMPARO PONS.

En la casa de Dios, no con los ojos,
Con el alma yo os vi, de gozo llena:
Ministro que desliga y encadena,
Os bendijo y unió, puestos de hinojos.
En medio vi al Amor, rico en despojos,
Y á su lado la Fe, que me enajena;
Y, extendiendo su manto, vi serena
La Religion, que templa mil antojos.
En tanto, un Paraninfo refulgente,
Con luz que al malo da temor profundo
Y es á los justos divinal consuelo,
Llegó, miró y os dijo sonrïente:
—«Amor os une puro aquí en el mundo;
Amor os úna santo allá en el cielo.»—

Valencia, 14 de Enero de 1872.

X.

EL PRIMER AMOR DE ROSALÍA.

¿Qué tiene Rosalía, la donosa
Ninfa edetana de catorce abriles?
¿La que, en triscas gozando juveniles,
Parecía versátil mariposa?
Decidora, vivaz, festiva, hermosa,
Brillaba ayer, cual flor en los pensiles:
Hoy, no luce sus gracias femeniles;
Hoy, no tiene el carmin de fresca rosa.
Melancólica, muda, pensativa,
Recógese, y doblega su alta frente,
Como suele tal vez la sensitiva.
Nubla sus ojos de cristal luciente
Misteriosa una lágrima, que aviva
Mi afan explorador, ¡lágrima ardiente!...
Cae al fin, y, ligera,
Mi pupila en la suya refulgente
Lee de Amor la página primera.

Valencia, 27 de Enero de 1872.

XI.

EN VELA.

Es de noche.... ¡Silencio!... Ni un suspiro
Lánguido exhala vagaroso el viento;
Muda recorre el alto firmamento
La blanca luna en deleitoso giro.
Duerme Valencia, la ciudad que admiro;
Turia reprime su apacible acento;
Y el ronco hervir del *líquido elemento,*
En plácido vaiven trocado miro.
Tras bullicioso vértigo, y sañudo,
Vario clamor de turba enloquecida,
Yace al fin todo en misteriosa calma.
¡Todo!... ¿Qué dije, si en mi pecho anida
Cuidado velador, punzante, agudo,
Que fiero oprime y martiriza el alma?...

Valencia, 11 de Abril de 1872.

XII.

LA IRA.

Descompuesta, febril, desmelenada,
Irgue su cuello y su encendida frente;
Agítase convulsa, y, más potente,
Clava do quiera su feroz mirada.
Toda rebosa en sangre, que, abrasada
Del corazon saliendo, bruscamente
Por el cuerpo circula, y, cual ardiente
Lava del Etna, hierve alborotada.
Sus espantables ojos centellean
Cual brasas encendidas; de su boca
Salen vapores y ardorosa espuma.
Ruge por fin; y, en su fiereza loca,
Si tal vez enemigos la rodean,
Embiste, y ó sucumbe ó los abruma.

Valencia, 15 de Abril de 1872.

XIII.

ANHELO.

Cuando el dolor, con despiadada mano,
Clava en el pecho su feral saeta,
Y exhala el alma, conturbada, inquieta,
Profundos ayes con lamento vano;
Cuando el mundo falaz, siempre villano,
Que ni el candor ni la virtud respeta,
Con lazo de mentiras nos sujeta,
Para perdernos, déspota y tirano;
Cuando bajo los piés la tierra impura
Brota miserias, que pujantes crecen
De amargo llanto con raudal copioso;
¿Cómo no suspirar por esa altura,
Do mora la verdad, donde embellecen
Dichas eternas divinal reposo?

Utiel, 15 de Diciembre de 1878.

XIV.

ESPAÑA.

¿Veis sin vigor á la nacion que un día
Las iras provocó del Ocëano,
Y un continente con robusta mano
Sacó del fondo de la mar bravía?
¿Veis débil á mi patria, que imponía
Su voluntad con cetro soberano,
Cuyo bélico acento sobrehumano
De polo á polo triunfador se oía?
¿La veis cómo ¡infeliz! una quimera
Vana persigue con error profundo,
Llevando rota su marcial bandera?...
¡No la insulteis!... Con ímpetu iracundo,
Á quererlo sus hijos, áun pudiera
Mover su brazo, y conmover el mundo.

Utiel, 16 de Diciembre de 1873.

XV.

Á LOLITA CALLEJA Y MARTÍNEZ,

EL DÍA DESPUES DE HABER VISTO SU RETRATO FOTOGRÁFICO.

Al contemplar ayer con fino lente
Tu linda imágen, que fijó amorosa
La luz sobre el cristal, y, presurosa,
La dibujó en tarjeta reluciente;
Al admirar el brillo refulgente
De tus rasgados ojos, tu sedosa
Tez,—que no dudo vencerá á la rosa,—
Y la expresion amable de tu frente;
Tus rientes labios, el undoso velo
De tus flotantes rizos, tu apostura
De esbelta niña ó de gentil doncella;
Yo, Lolita, exclamé:—«¿Cómo, del cielo,
Cual tipo de beldad nativa y pura,
Vino á este mundo tan hermosa estrella?»

Utiel, 20 de Junio de 1874.

XVI.

Á ESPAÑA. *

Mis röedoras penas y tristura,
Callado el sueño y compasivo mata:
Ya en sus brazos dormido, fiel retrata
Mi fantasía tu sin par figura.
La luz que brota de tu frente pura,
Por la region del aire se dilata;
Y contemplo tu manto de escarlata,
Y examino tu bélica armadura.
Andas, y tiembla Europa. Tu profundo
Mirar explora el árido desierto,
La mar inmensa y el ignoto mundo.
Y prosternado al ver, y mudo y yerto
Todo el orbe ante ti,—¡Patria! me inundo
En tan vivo placer, que ¡ay! me despierto....

Játiva, 5 de Diciembre de 1877.

---

* Este soneto y los demas que siguen, con otros varios, los dediqué á mi amigo el M. I. Sr. Dr. D. José Cirugeda Ros, canónigo de Ciudad-Real.

XVII.

EL VULGO.

El Vulgo es como el mar: ciñe la tierra;
Y, donde quiera cunda y se derrame,
Áun cuando en bella calma no rebrame,
Siempre su misma inmensidad aterra.
Ese ignorante Vulgo que se atierra,
Y los piés del tirano un tiempo lame,
Pronto quizas contra el tirano clame,
Y al cielo y áun á Dios les mueva guerra.
¡Potente el Vulgo vil!... ¡La mar, potente!...
¡Ay del bajel, si férvida murmura!...
¡Ay, si murmura el populacho necio!...
Y sin embargo, yo, flaco y doliente,
Yo que tiemblo ante el mar, que es tu figura,
Á ti, Vulgo temible, te desprecio.

Játiva, 13 de Diciembre de 1877.

XVIII.

Á JÁTIVA INCENDIADA.

¡Caíste con honor!... pero irritado
Aquel Asfeld de corazon de tigre,
Sufrir hizo feroz á un pueblo libre
Todas las iras de su adverso hado.
No hizo más Alarico, embriagado,
Á la ciudad que baña el ancho Tibre.
Convertida en volcan, haces que vibre
Profunda indignacion el pecho honrado.
Porque, del opresor en vilipendio,
Esa infamante página tu incendio
No quiso devorar; la Edad moderna
Con ardiente buril grabó en la Historia:
—«¡Á la excelsa heroína, eterna gloria!
¡Al incendiario vil, infamia eterna!»—

Játiva, 14 de Diciembre de 1877.

XIX.

EL AMOR.

A D. J. C. R.

Me pusiste en un brete, amigo mío.
¿Que cante yo el Amor?... Eso me pides.
¿Y fuerzas?... ¿Y calor?... ¿Cómo no mides
El corto alcance de mi escaso brío?...
Mi débil númen y mi plectro frío
Cantar no saben del Amor las lides,
Las agitadas ansias, los ardides,
Las ternezas sin fin y el poderío.
Mas ya que tú deseas que mi pluma
Te diga sin embages lo que en suma
Yo opino del Amor, allá va un terno:
Porque el Señor del mundo así lo quiso,
La vida con Amor es paraíso,
La vida sin Amor es un infierno.

Játiva, 17 de Diciembre de 1877.

XX.

Á UN TIRANO.

¡Infame! te aborrezco.... La conciencia,
Que con empeño loco tiranizas,
Desgarra en mil girones y hace trizas
El manto de tu vana omnipotencia.
  Del hombre más sufrido la paciencia,
Agotándose va: tú, que esclavizas,
Con bálsamo de amor no süavizas
Las llagas que produce tu demencia.
  Por su vida temblando á toda hora,
Cual rebaño de siervos, plebe inmunda
Te saluda tal vez en su agonía.
  Pero ¡teme!... Del pueblo que te adora
Desbordando la cólera profunda,
En el cieno hundirá la tiranía.

Játiva, 18 de Diciembre de 1877.

XXI.

LA MADRE.

¡Oh Providencia! tu bondad pregono.
Si el pobre niño, que nació desnudo,
No tuviese á su Madre por escudo,
Vegetaría en mísero abandono.
Contra el infante luchan con encono
Dolencias mil y mil en choque rudo:
Ella, anhelante, si salvarle pudo,
Tómale en brazos, y le erige un trono.
Y, ya le cante con afan ó imprima
Besos ardientes en su tez de rosa,
Ya cual néctar le dé su pura esencia;
Al niño débil, que descanse ó gima,
Siempre será su Madre cariñosa,
En forma de mujer, la Providencia.

Játiva, 19 de Diciembre de 1877.

XXII.

LOS CELOS.

Del corazon las puertas mal seguras,
Les abre Amor con imprudente mano.
Entran; y al punto, con afan villano,
Corrompen del placer las fuentes puras.
Señorean el alma; y leyes duras
Con el acento bronco del tirano
Imponiendo al Amor, en fuego insano
Tornan de Amor las plácidas dulzuras.
Entónces del mezquino palidecen
Los ojos avizores; sus recelos
Roen su pecho con furor aciago.
Crecen las ansias y temores; crecen
Las iras; y, estallando, son los Celos
Horrenda tempestad y rudo estrago.

Játiva, 22 de Diciembre de 1877.

XXIII.

NACIMIENTO DEL SALVADOR.

¿Por qué, rasgando de la noche el velo,
Insólito esplendor la noche alumbra?...
¿Por qué, fiel Paraninfo que deslumbra,
Rápido baja desde el alto cielo?...
Pregunto al sabio, y con ardiente anhelo
Medita, inquiere, acecha y.... no columbra,
Que la caída humanidad se encumbra,
Que ya es bendito el maldecido suelo.
¡Bendito es ya!... con hermanal cariño,
Á pastores humildes lo revela
Un Ángel en celestes melodías;
Y en una gruta, donde yace un Niño,
Juntos entonan dulce cantinela,
Repitiendo sin fin:—«¡Nació el Mesías!...»—

Játiva, 25 de Diciembre de 1877.

XXIV.

Á LA VERDAD.

¿Veis esa nube?... El soplo matutino
Del alba la condensa y arrebola;
El vago viento la desparce; y, sola,
Pasea el éter, cual flotante lino.
El sol, desde el cenit, con diamantino
Rayo de luz la hiere y tornasola;
La disuelve...; mas pronto la tremola
No sé cual Genio al aire vespertino.
Tal es siempre el error: él se revela
Pudoroso y modesto, se difunde,
Trasfórmase, deslumbra, vase, vuelve.
¡Oh sol de la Verdad! álzate, vuela,
Y, fijo en el cenit, hiere y confunde
Sin piedad al error que nos envuelve.

Játiva, 29 de Diciembre de 1877.

XXV.

AL SOLDADO ESPAÑOL.

La madre España, con prolijo esmero,
Labró tu corazon dïamantino,
Ornó tu frente de blason divino,
Armó tu diestra de fulgente acero.
Y, desplegando su pendon guerrero,
—«Salva siempre el honor; si tu camino
Quiere el mundo atajar, es tu destino
Morir luchando contra el orbe entero.»—
Dijo. Callóse, y en el alto polo
El trueno retumbó; sobre Moncayo,
Relumbró Marte y ufanóse Apolo.
De entónces, quien al hijo de Pelayo
Desdenes finge con artero dolo,
Teme sus iras, cual se teme al rayo.

Játiva, 4 de Enero de 1878.

XXVI.

¿. . . . .?

Grave, pausado,—al parecer, austero,—
De necios y mujeres bendecido,
Siempre con aire honesto y compungido
Predica la virtud al mundo entero.
Y aunque al vulgo parece más severo
Que el severo Caton, justo y sufrido,
Es soberbio, vicioso, fementido,
Mordaz, villano, fingidor y artero.
No queráis que pronuncie el nombre ingrato
Del ente singular, que al bueno asombra,
Redomado histrïon de tomo y lomo.
Quien vió el original de mi retrato,
Si le supo juzgar, luégo le nombra.
Que lo diga EL HIPÓCRITA....—*(¡Ecce Homo!)*

Játiva, 11 de Enero de 1878.

CANTO.

EUROPA.

Á MI MAESTRO EL M. R. P. JOSÉ GOMAR,

DE LAS ESCUELAS PÍAS.

¿Y esto es vivir?... La duda asoladora,
Que envenena las almas; el inmundo,
Blasfemo cuestionar, que pone espanto
En corazones varoniles; este
Clamor eterno, que confuso zumba;
Este hervir bullidor, ¿serán acaso
El fiel cortejo de la Edad moderna?...
Todo cambia en redor, todo se mueve;
Mas no como los astros, que voltean
En regiones de luz inmensurables
Con ordenado movimiento. Empujan
Las ciegas muchedumbres, y, entre tumbos
Y caídas sin fin, y entre lamentos,
Caminan todos, sin saber adónde.

Como en noche de orgía, cuando estalla
Entre aplausos estúpidos la impía
Risotada söez del libertino,
Cuando vocea ronca la garganta
Del que apuró cien copas, así muchos
Gritan dementes contra Dios, ó ríen.
De la verdad el templo y de la ciencia,
Osaron invadir; y arrebatando
Los que el tiempo allegó ricos tesoros,
Con sacrílega mano los disipan.
Huyó la dulce paz; la vil discordia,
Nefanda prole de Satan, sus antros
Dejó, y, ufana, domeñó las gentes.
Yo la vi macilenta, descarnada,
Suelto el cabello, la mirada torva,
Subir veloz á los dorados techos
Del alto prócer, el modesto albergue
Turbar del artesano, los tugurios
Hollar despues del rústico labriego;
Y donde quiera, cual voraz torrente,
Su saña derramando, la ancha tierra
De crímenes llenar y de rüinas.
Aquí, lanzando su metralla, truena
Sin cesar el cañon; allá desciende
Formidable, veloz la férrea bomba,
De fuego, espanto y destruccion preñada,
Y súbito se eleva negra nube
De espeso polvo.... Del egregio alcázar
¿Qué fué?... ¿Dó están las empinadas torres?...

Ésta, que estudias, agitada Europa,
Grande y dichosa, cuando Dios quería,
Corre veloz á perecer. ¡Oh tiempos!
Cunde el mal; reina el mal: el bien se esconde,

Ó llora esclavizado entre cadenas.
De fanatismo henchida y de venganzas,
Por ciudádes y pueblos se desborda
La pasion de partido; y, presa todos
De no domado orgullo, las cabezas
Irguen rebeldes al forzoso freno.

Allá, del polo en la region helada,
Bajo las brumas sin calor que envuelven
Á Petersburgo, de sectarios viles
Arden las iras; y la tierra ingente,
Fría á las llamas de Moscóu, retiembla
Presa del miedo, y de congoja suda.
Cual sierpe colosal, los nihilistas
La amenazan, la estrechan; y otra sierpe
Venenosa y falaz, el despotismo,
Con temerosa rapidez aprieta
Sus anillos de hierro, que servían
Al infeliz polaco de dogales.

Una vez y otra vez los asesinos
Despiertan á Berlin. ¿Quién ha abortado
Esa raza feroz de regicidas?...
Á su sola presencia, el nuevo imperio,
Que engendraron de Galia las derrotas,
Cual si temiera fenecer, vacila.

¡Francia! ¡funesta Francia! ¿no percibes
Los rugidos del trueno?... En tus entrañas,
Fermenta horrible tempestad. ¿Quién pudo
Llevar casi al abismo la preclara
Y opulenta nacion de Clodoveo?
Ni tu insolente orgullo, ni el apoyo
De cañones sin fin, ni de tus tropas

El fiero bravëar, ni tus murallas
Pudieron detener á los tudescos
En su triunfante, rápida carrera.
Sin fe ni patriotismo, parricídas
Viles rasgaron tu agitado pecho;
Y lluvia de cenizas, levantadas
En alas del incendio hasta las nubes,
De tus rojas Euménides la furia
Y el satánico ardor reveló al mundo.
¡Gózate en el infierno con los frutos
Que tu sarcasmo dió, Voltaire infame!

¡Pobre Italia!... ¿lo olvidas?... cuando el cielo
Con desigual largueza repartía
Bienes al mundo,—generoso y pío
Te dió fulgente sol, risueños mares,
Ríos sagrados, perfumadas flores,
Tibias, fugaces, sonorosas auras,
Y ciclópicos montes, y de fuego
Ricos penachos, que tu frente adornan.
Y de ti enamorado, al verte bella,—
Te acarició benigno, y de tus labios,
Palpitando de amor, arrancó un beso.
Fecunda entónces, gérmenes de vida
Desarrolló tu seno; claros hijos
Diste; y, en muestra de su excelso orígen,
Nimbo de gloria rodeó sus frentes.
¡Oh tierra ilustre, para Dios nacida,
Cuna de Santos, de las Artes templo!
¿Quién á tus hijos infundió su horrible,
Vertiginoso frenesí? Tú misma
Rasgas y avientas tu pasada historia,
Y, loca perennal, con ansia apuras
Cáliz henchido de mortal veneno.

¡Cómo suspiras, Austria!... Los recientes
Caminos sin honor ¿te han fatigado?
Los suyos, torpes, que maldijo el mundo,
Fatigaron á Albion. Mira cuál torna
Con paso firme al secular aprisco....

¡España!... ¡ay infeliz!... llora sin duelo.
Tus celebrados timbres y hermosura,
Que contemplaba el sol, embebecido,
Ya sólo esmaltan tu pasada historia.
¡Grande fué tu caida!... Raza espúrea,
Cual manada de lobos carniceros,
En ti se ceba sin piedad; y, avara,
Bebe tu sangre; y ¡ay! miéntras suspiras
Tú sin vigor, desfalleciente,—rie
Ó en dorados salones banquetea.
¡Oh ignominia! ¡oh baldon!... Manes ilustres
De Gonzalo y Cortés, alzad las frentes;
¡Alzadlas!... Peró no; que al ver do quiera
Sólo cinismo y corrupcion, al punto
Bajarais con rubor á vuestras tumbas.

Tú, mi Mäestro, el manantial conoces
De ese desórden. La virtud excelsa
Que de la mente alumbra el negro cáos,
Fué sin pudor llevada por los suelos,
Subida la razon hasta las nubes,
La sacrosanta ley, envilecida,
Rotò el respeto, la obediencia rota; *
Y cual revuelve de la mar inmensa
Los recónditos senos y la irrita
Proceloso aquilon, que, rebramando,

* Verso de D. Gaspar Núñez de Arce.

Al cielo escupe las hirvientes ondas;
Como derrite en sus profundos hornos
Peñascos y metales, ó al espacio
Los arroja con ímpetu, y los vientos
Quema y corrompe con ardientes lavas
El Etna mugidor; así, rugiente,
Del mal el Genio desquició la Europa,
Tronos y altares desparció en pedazos,
Y al numeroso pueblo que dormía
Con satánico soplo enloqueciendo,
Le empujó furibundo á la barbarie.

Játiva, Junio de 1879.

FIN.

NOTAS.

1.ª

Falleció mi Padre dos días ántes del de mi Santo, en que tuve noticia de su última enfermedad y de su muerte. Hago esta indicacion, porque, sin élla, no sería fácil entender los tercetos 7.º, 9.º y 12.º (página 28), y tal vez algunos otros de mi elegía.

El fondo de la composicion es histórico.

2.ª

Mi hermano Manuel de la Cruz Torres y Martínez nació en Torreblanca, pequeña villa de la provincia de Castellon, el día 3 de Mayo de 1848.

Era de rostro y de porte agraciados, y de tan distinguidos modales, que no revelaban la modestia de su cuna.

Hacia los diez y ocho años, y estudiando Teología, entró con paso tan resuelto en el camino de la perfeccion, que, sin pretenderlo ni áun pensarlo, llamó vivamente la atencion de los catedráticos y colegiales del Seminario Conciliar de Tortosa, donde servía como fámulo.

Poco despues, resolvió ingresar en la Compañía

de Jesus. Para impedirlo, de nada sirvieron ni la contradiccion de su madre, ni las razones y consejos de varias personas que tenían sobre él legítima influencia. Yo mismo pasé exprofeso de Valencia á Tortosa, para disuadirle. Firme como una roca, sin vacilar ni un momento ante la oposicion más enérgica, llevó á cabo su propósito,—que siempre creyó inspirado por Dios,—con inefable alegría de su alma.

Al entrar en el mes décimocuarto de su noviciado, nos presentamos de improviso nuestra madre y yo en Balaguer, donde tenían su casa de probacion los jesuitas de Cataluña. Era el 29 de Agosto de 1868. De nuevo insistimos porfiadamente en que saliese de la Compañía, sin pérdida de tiempo.—(Debo advertir que, al obrar de esta manera, no nos inspirábamos en género alguno de antipatía ó de odio á la ilustre Compañía de Jesus, sino en razones privadas, muy poderosas, que no es del caso mencionar aquí.)—Nada hizo mella en Manuel. Con dulzura y con firmeza, rechazó las razones que alegábamos; por lo cual, resolvimos dejarle ya tranquilo, á fin de que, sin impedimento ni estorbo, siguiese los impulsos de su tan probada vocacion.

Estalló á poco la Revolucion de Setiembre; y mi hermano, con otros muchos jesuitas, se refugió en Aviñon, de donde pasó á Aix, por mandato de sus superiores.

Hechos en Francia los votos simples, regresó á España, herido de la tísis que le llevó al sepulcro. Como no mejorase en Barcelona, su Provincial, desde Tolosa, le indicó, en una carta llena de ternura, que podía pasar á Torreblanca, esperando sin duda que le probaría mejor el país natal. Así lo hizo Manuel; y desde que llegó hasta que exhaló el último suspiro, nuestra familia le prodigó á todas horas las más acendradas muestras de cariño, y los exquisitos cuidados que su gravísimo estado requería. Cincuenta y un dias estuvo al lado de nuestra madre, dando siempre claras pruebas de virtud acrisolada, ánimo igual é inalterable paciencia. Los mismos que habían reprobado su ingreso en la Compañía, sim-

patizaron con él; él, sin embargo, no se preocupaba con lo que pudieran decir ó pensar sus amigos y parientes. Obligado á romper el silencio, si versaba la conversacion sobre la Compañía de Jesus, hablaba de élla y de los Santos que ha producido, con encomio y entusiasmo, demostrando estar unido á su Órden con toda el alma, y con una fuerza de voluntad inquebrantable.

Postrado en la cama por su extrema debilidad, se le dió el Viático. Su religiosa y entera conformidad con la voluntad de Dios edificó á todos. Habiéndole yo advertido el peligro próximo de morir en que estaba, me contestó que lo conocía, y deseaba se le administrase la Extrema-Uncion.

Fortalecido con este sacramento, y aparejado para su viaje á la eternidad, me encargó que, en su nombre, me despidiese de su P. Provincial, que estaba en Francia, y le diese gracias de todo cuanto había hecho en su favor; pidió perdon á su familia, que le rodeaba; y, recibida una vez más la absolucion sacramental, expiró tranquilamente el día 13 de Octubre de 1870, á los 22 años, 6 meses y 9 días de edad, y á los 3 años, 2 meses y 27 días de religion.

3.ª

Bazan, á quien algunos escritores extranjeros atribuyen falsamente cierto carácter de crueldad, contribuyó con el gran Duque de Alba á la conquista de Portugal, y se distinguió en la batalla de Lepanto. Él fué quien propuso á Felipe II la conquista de Inglaterra. Murió en Lisboa, cuando se ocupaba en los preparativos de la poderosa armada llamada *La Invencible*.

«La posteridad,» dice su biógrafo D. Martin Fernández de Navarrete, «le contempla como el general más insigne de la marina española, que, pru-

dente en sus empresas, intrépido en las batallas, magnánimo en las victorias, activo y celoso siempre en el servicio de su rey y de su nacion, logró ensanchar su gloria y poderío, dejando vinculada á su ilustre nombre la idea de un modelo perfecto de lealtad y de patriotismo.»

APÉNDICE.

EL P. VICTORIO GINER,

DE LAS ESCUELAS PÍAS.

APUNTES BIOGRÁFICOS Y CRÍTICOS.

Segunda edicion, corregida.

VICTORIO GINER.

Hace muy cerca de quince años, dejaba de existir el malogrado vate, cuyo nombre va al frente de estas líneas.

Los que tenían noticia de sus delicadas inspiraciones, deploraban que no las hubiese dado á luz en ordenada coleccion, y que se hubiese limitado casi siempre á publicar poesías ligeras ó traducciones en verso, que no bastaban á sacarle de la oscuridad, en tanto que tenía guardadas y escondidas composiciones de gran valor, con las cuales se hubiera granjeado merecida fama, y quizas renombre imperecedero.

Tan extraña conducta, á no conocer de antemano el carácter particular de Giner, no sería fácil explicarla en estos tiempos, en que todo, desde lo más trivial y baladí hasta lo más absurdo y descabellado, se lanza con rapidez á los vientos de la publicidad, como si el atrevimiento pudiera suplir en caso alguno lo frívolo y disparatado de muchos escritos.

En mi opinion, las Escuelas Pías de Valencia,

desenterrando y poniendo en manos del público la coleccion de poesías del P. Victorio Giner, prestó un buen servicio á la literatura.

No es mi ánimo escribir extensamente la vida de Giner, ni analizar una por una sus composiciones; diré, sin embargo, sobre aquélla lo bastante, valiéndome de datos fidedignos; y en cuanto á sus poesías, haré notar el sello que las distingue, fijándome ademas en aquéllos de sus cantos, en que su musa despliega más gracias y atractivos, más riqueza, pompa y galanura.

Nació Victorio Giner en Vallada, pequeña poblacion de la provincia de Valencia, el día 23 de Diciembre de 1811, siendo sus padres Ramon Giner, de oficio tejedor, y María Aurora Belda (1).

Nada de particular ofrecen sus primeros años. Hacia los doce, comenzó el estudio de la lengua latina, bajo la direccion de un tal Campos, en Onteniente, donde fué protegido por la respetable señora Doña Salvadora Álvaro, viuda de Osca, que le recibió en su casa; y al cabo de unos tres años, pasó á Gandía, para perfeccionar sus estudios en el colegio que allí tienen los PP. Escolapios.

El trato frecuente con éstos, el cariño con que sus maestros le distinguían por su buen comportamiento, y, más que todo, su natural inclinacion á

(1) Nacieron de este matrimonio once hijos (no siete, como se dijo en la primera edicion de estos Apuntes), que fueron, por su órden, María-Teresa, Felino, José-Manuel, Gaspar, Eustasio, Beatriz, Maximo, Andrea, Victorio, Epifanio y German.

la vida religiosa, le decidieron á pedirles que le admitiesen como novicio, lo cual consiguió fácilmente, vistiendo la sotana de San José de Calasanz el día 26 de Octubre de 1828.

En el noviciado, tuvo por maestros al P. Manuel Crespo, religioso exacto y buen humanista, y al Padre Miguel Espada, hombre de acrisolada virtud y trato amenísimo, grande humanista, de exquisito gusto literario, y notable ademas en la elocuencia sagrada. Giner fué, desde los primeros días, ejemplar, fiel observador de las prácticas que impone siempre la Religion, y más especialmente en aquel tiempo de prueba. Amante del retiro y de los libros, iba formando su corazon y su entendimiento en el silencio del claustro; y cuando llegó el día de tomar una resolucion definitiva y solemne, no vaciló en su antiguo propósito, profesando con singular contentamiento suyo y de toda la Comunidad el 18 de Julio de 1830.

Tenía entónces la mejor edad para estudiar á conciencia la Filosofía y la Teología; lo cual hizo con tal ardor y aprovechamiento, que, al terminar su carrera y áun ántes, dió muestras gallardas de la solidez de su ingenio.

Destinado á la clase pública de Sintáxis (2.º curso de latinidad), en las Escuelas Pías de Valencia, la desempeñó doce años consecutivos á satisfaccion de sus superiores. De aquí, las repetidas pruebas de cariño que recibió de su Provincial el P. Fernando Maestro, tan simpático por su ciencia y rectitud, como por su fin desgraciado. Á fuer de buen escolapio, Giner nunca echaba en olvido la religion y la piedad. Así es que, á la enseñanza de la hermosa lengua latina, unía la enseñanza de la piedad,

«fundamento de todas las virtudes,» y la de la religion, base firmísima de la verdadera felicidad.

El tiempo de que podía disponer, despues de llenar sus obligaciones de religioso, de sacerdote y de maestro, le invertía en ampliar sus conocimientos literarios. No sólo se empapó en la lectura de los escritores de nuestro siglo de oro, y de los más notables prosistas y poetas de su tiempo, sino que ademas, y siguiendo las tradiciones de la Escuela Pía, hizo profundos estudios sobre la lengua de Virgilio, que llegó á dominar, como lo prueban sus composiciones latinas. Creo que si Horacio resucitase hoy, alabaría la oda del P. Victorio á San Vicente Ferrer y su Paráfrasis del *Miserere*. ¡Lástima que se hayan perdido varias poesías latinas, por incuria de su autor! El cual, no bastándole poseer una lengua, que tenía que saber obligatoriamente para enseñarla, quiso saborear, no en traducciones, acaso infieles, sino en el mismo original, las bellezas de aquélla que inmortalizaron Homero con sus epopeyas, y Píndaro con sus cantos. No le arredró la dificultad. Giner halló tiempo para todo, privándose hasta del paseo, en tales términos, que, desde 1835 hasta 1847, no se le vió salir del Colegio casi nunca: hubo año en que no traspasó el umbral ni una sola vez. Y es que sentía en el fondo de su alma como aquel grande escritor y aventajado poeta, que decía al salir de la cárcel, despues de larga persecucion:

«Dichoso el humilde estado
Del sabio que se retira
De aqueste mundo malvado.»

Desde 1847 en adelante, los diferentes cargos que desempeñó, obligaron al P. Victorio á salir de casa

algunas veces; pero siempre fué de notar en él su apasionado amor al retiro. Este desapego del mundo formaba, por decirlo así, su idiosincrasia; y, léjos de serle violento, era su mayor delicia. No se crea que fuese huraño ni adusto; ántes al contrario, era de condicion apacible. Tenía sus ratos de solaz con sus compañeros y con algunos amigos que le visitaban, con los cuales departía, descansando de sus tareas. En estas reuniones de confianza era donde él, tal vez sin pensarlo, solía descubrir su ingenio, empleando el chiste y las sales áticas con oportunidad y finura.

Con el género de vida sencillo, regular y uniforme que llevo dicho, es cómo Giner, á pesar del rudo trabajo y múltiples atenciones que pesan sobre el escolapio, tuvo tiempo para estudiar á fondo las lenguas y literaturas castellana y latina, y para aprender el italiano y el griego. Traducía el francés; pero le disonaba tanto, que no pusc nunca grande empeño en poseerlo. Tambien cultivó con grande aprovechamiento el dibujo lineal y de figura, como acreditan varios trabajos suyos que se conservan todavía, recomendables por su correccion, delicadeza y buen gusto: alguno de ellos mereció los honores del buril.

Hacia el año de 1835, se reveló claramente la delicada musa de Giner. Sus primeras poesías fueron anacreónticas, letrillas y romances. Más adelante, compuso varias otras, que, reunidas con aquéllas en un tomito (1), escrito con elegancia y esmero por su

(1) Esta coleccion de una parte de las poesías del P. Giner contiene 7 anacreónticas, 9 letrillas, 3 romances, 1 cántico, 2 diálogos, 1 epigrama, 1 himno, 1 cantilena, 4 odas, 1 cancion, 1 epístola y 1 canto. La mayor parte de estas composiciones van adornadas con viñetas alegóricas hechas á pluma con mucha perfeccion por el mismo Giner. La idea que simbolizan ó representan las viñetas, es la dominante en las poesías á que preceden.

autor, que era tambien notable pendolista, fueron por él dedicadas á su hermano Máximo, religioso que fué del convento de Sancti-Spíritus, persona grave y de excelente juicio, á quien el poeta respetaba y amaba entrañablemente. Dicho manuscrito autógrafo lo leyeron en Valencia personas de distincion; y aunque celebraban las poesías y preguntaban por su autor, éste, léjos de aprovechar la ocasion para entablar excelentes relaciones, siguió, como hasta entónces, en voluntario alejamiento de la sociedad, y, por decirlo así, encerrado en su concha.

Giner siguió cultivando la poesía y produciendo himnos, meditaciones y cantos notables; pero dejándose llevar de los afectos más íntimos de su corazon, se ciñó casi siempre al género religioso. Para el jocoso y el satírico, tenía indisputables condiciones; sin embargo, rara vez hizo uso de éllas, y rompió, como si desdijese de su gravedad, casi todo lo que no era de carácter serio.

En 1847 fué nombrado Director de los alumnos internos del Seminario Andresiano (Escuelas Pías de Valencia), cargo en cuyo desempeño se atrajo, por su bondad y rectitud, las simpatías de los colegiales, á quienes explicó varias asignaturas de segunda enseñanza.

En 1855 se le nombró Maestro de Novicios.

En todas las Corporaciones religiosas, es éste un cargo de suma confianza, como que de él pende su esplendor ó decadencia. Así que, el mero hecho de poner los ojos en Giner sus superiores, demostraba con evidencia cuán alto concepto habían formado de su prudencia, de su saber, de su religiosidad y de su amor al Instituto que le contaba entre sus miembros más distinguidos.

No quiero pasar adelante, sin indicar al ménos el sistema que observó constantemente para la educacion é instruccion de los jóvenes confiados á su cuidado. Puedo hablar con pleno conocimiento, puesto que en el Noviciado fué donde yo le tuve por Maestro.

Lo primero que hacía, era evitar con escrupuloso esmero la ociosidad, tener siempre ocupados á los novicios, alternando las prácticas religiosas y los actos de devocion con los ejercicios literarios. Tan puntual era, por ejemplo, en tomar cuenta de las lecciones y temas del día, como de la lectura de la *Imitacion de Cristo*, «la obra más bella, segun Fontenelle, que ha salido de manos del hombre, puesto que el Evangelio no es obra suya;» obra admirable, llena de uncion celestial, de profunda sabiduría, y que revela en cada una de sus páginas el más perfecto conocimiento del corazon humano.

Giner procuraba excitar por varios medios la emulacion entre sus discípulos, cosa fácil de conseguir de jóvenes de pocos años; y á fin de que los estudios fuesen ordenados y no saliesen de su cauce, era muy parco en darles licencia para manejar otras obras que las de texto, el libro ya citado de la *Imitacion de Cristo*, y las *Constituciones* y *Reglas* de la Órden.

El método que seguía para perfeccionar en la lengua latina á los novicios, era el mismo que enseñó el célebre Juvencio (Jouvency) en su obra *Ratio docendi et discendi*, método que, practicado con perseverancia, no puede ménos de dar excelentes resultados. Él mismo le practicó á sus solas en sus primeros años de enseñanza, para conseguir su objeto de componer en latin, imitando á los clásicos; y ahí están, en con-

firmacion de mi aserto, multitud de ejercicios escritos de su propio puño.

Con los novicios era afable, sin descender á la familiaridad; sencillo, sin despojarse nunca de la gravedad y dignidad propias de su cargo.

No lo ejerció mucho tiempo. Á principios de Setiembre de 1857, fué ascendido á Rector de las Escuelas Pías de Gandía; y, en 15 de Febrero de 1858, pasó al rectorado del Colegio de Albarracin.

Este país le probó al principio bastante bien: él mismo lo dice en carta á su hermano Felino, de fecha 3 de Agosto del último citado año. Por la misma carta sabemos que se repuso mucho, y que no padecía tanto como en Valencia y Gandía.

Una de sus primeras atenciones fué distribuir mejor y hermosear la parte del Colegio destinada á los alumnos internos. Y si cuidaba mucho de las mejoras materiales del Colegio, no ménos cuidaba de la enseñanza, y de la disciplina y observancia regular. Ejercía con frecuencia el ministerio de la Confesion, y alguna vez las funciones de Examinador Sinodal. En cuanto á predicar, áun cuando en sus sermones era dulce y elegante, no tenía grandes condiciones de orador: siempre temió el púlpito. Para subir á él, se preparaba con muchas semanas de anticipacion, estudiaba concienzudamente el asunto, escribía, borraba una y otra vez, y por fin decoraba la composicion, no sin esfuerzo, por no ayudarle mucho la memoria. Me parece que sus discursos escritos pueden pasar por modelos de buen decir.

Tambien en Albarracin escribió algunas poesías. Á no haberle arrebatado una muerte prematura, quizá tendríamos completa la traduccion del llamado *Salterio de la Virgen*, bello pensamiento que se llevó

consigo, despues de acariciarlo mucho tiempo, y, más que nunca, en los últimos meses de su vida. Sin embargo, dejó su proyecto en vías de ejecucion, y áun bastante adelantado. Y cual si hubiese querido formar de sus composiciones como un anillo, comenzó cantando á la Vírgen, y terminó consagrando á élla los últimos acentos de su bien templada lira.

Aunque Albarracin le probó bastante bien en los primeros meses, no tardó en hacérsele insoportable; lo cual no es de extrañar, si se tiene en cuenta que había pasado la mayor y mejor parte de su vida en Valencia, donde siempre es tan apacible la temperatura. De aquí, que se apoderase de él profunda melancolía.

Á aumentarla y á desconcertarle, vino en los primeros meses de 1864 un suceso, que le abismó en el dolor: Máximo, su hermano, habia muerto. Por carta del P. Victorio, que tengo á lá vista, consta que á la primera noticia de la enfermedad del hermano queridísimo, se llenó de *cuidado y de ansiedad continua*; *que sus deseos eran hallarse, como las hermanas, á la cabecera de su cama y servirle en su enfermedad*, etc. Con fecha 24 de Febrero, decía á su hermano Felino: «Debes considerar cuán desconsolado debo estar y cuán ansioso de saber de nuestro buen hermano el P. Máximo. Así, te pido encarecidamente que me escribas, si puede ser, todos los días, ya que no puedo tener otro consuelo.» Si tal efecto le hizo la noticia de la enfermedad, ¿cuál no le haría la noticia de su muerte?...

Habiendo sobrevenido al P. Victorio agudísimo dolor de cabeza, acompañado de una amaurósis, pasó en Agosto del 64 á Valencia por órden de los médicos; y despues de haber recobrado algun tanto

las fuerzas, se trasladó á Vallada. Estaba allí en casa de su hermana Beatriz, atento á su curacion, cuando de improviso le acometió una hemorragia tan abundante, que se llegó á desconfiar de su vida. La hemorragia le repitió varios días, á intervalos. Por entónces (3 de Setiembre), recibió Felino una carta del P. Florencio Medina, á la sazon Prepósito Provincial de las Escuelas Pías de Valencia, en la cual le decía que, segun le habían asegurado y despues leído en el prospecto de los baños de Segura de Aragon, aquellas aguas eran las indicadas para aliviar la enfermedad de su hermano Victorio; el cual podía volverse á Valencia, para consultar con los facultativos.

Volvió Giner, pero era ya demasiado grave su estado. Pocos días habían pasado desde su regreso, cuando fué atacado de una congestion sanguínea en los pulmones y en el corazon. Recibidos con suma piedad los Sacramentos de la Iglesia, conforme habia el mismo solicitado repetidas veces, murió en el Colegio de las Escuelas Pías el dia 30 de Setiembre de 1864, sin llegar á cumplir los 53 años de su edad.

Su cuerpo yace en el Cementerio general de Valencia, confundido con los de la multitud, sin nicho, lápida ni señal alguna que le distinga, como si la humilde oscuridad, que él amó tanto, le hubiese querido acompañar hasta el sepulcro.

Era el P. Victorio de buena estatura, grueso, bien formado y de grave fisonomía. De su aspecto y continente, da idea bastante aproximada el retrato litografiado por el Sr. Aznar, que precede al tomo de sus poesías. El facsímile de la firma y rúbrica que hay al pié, imita perfectamente el original. Debo,

no obstante, advertir que, habiendo empleado Giner diversidad de rúbricas, no es extraño se hallen varias que se diferencien de aquélla en algunos accidentes.

Voy á cumplir ahora lo prometido acerca de sus poesías.

Éstas son casi todas líricas sagradas.

Por lo mismo que en la poesía sagrada cualquiera inexactitud se hace intolerable, es necesario que en élla, más que en otra alguna, resplandezca la verdad.

Nunca faltó Giner á esta condicion esencial, ni tampoco á otras muchas que exigía con razon el inteligente Berriozábal (1), entre ellas, espíritu de oracion, elevacion, cifrada ya en los pensamientos, ya en los afectos, ya en las palabras, variedad en los cuadros, ideas y sentimientos, y, por último, que los asuntos religiosos sean tratados con respeto, con dignidad y decoro. ¡Cuántos poetas, por faltar á una ú otra, se estrellaron en la lírica religiosa! Creyendo no pocos erradamente que ésta no ofrece más dificultad que la profana, la ensayaron sin la necesaria preparacion, y nos dieron cantos empalagosos, inverosímiles y de sabor profano, los cuales, como entecos y lánguidos, ó por lo ménos impropios, cayeron ignominiosamente en el más profundo olvido. Muchos tambien, conociendo la dificultad, ó arredrándose al tocarla de cerca, no cultivaron ó abandonaron al punto el género más noble, más digno, y en que hubo y

(1) Observaciones sobre las bellezas de la Sagrada Biblia, t. II, cap. 12.

habrá siempe abundante cosecha de lauros que recoger. ¿Qué hay, aquí en la tierra, más amable y consolador, más bello y sublime que la santa Iglesia católica? Y en la tierra, y en el cielo, ¿qué hay más alto que Dios?... Mengua es de muchos poetas no haber consagrado á Él ó á la Religion ni un solo canto, ni una sola nota de su lira.

Diametralmente opuesto en sus tendencias fué Giner, logrando adelantarse á muchos y emular con los más aventajados, en el que llamaré primer grado de la poesía sagrada, esto es, en la *simplemente religiosa*, venciéndolos en la *ascética,* y dejándolos muy atras en la *mística.*

Estro poético, plan bien combinado, gradacion de ideas (nunca imitó el *bello desórden* y los vuelos de muchos salmos de David), pensamientos religiosos, sencillos y elevados á la par, sentimientos profundos, entonacion ya ligera, ya grave, sabor místico, y versificacion esmerada y melodiosa; tales son las prendas que avaloran sus poesías.

No se podrá decir con justicia de él lo que el divino Herrera y Saavedra Fajardo dijeron de Cetina, á saber, que era tierno y afectuoso, pero sin vigor ni nervio. En Giner, no sólo hay dulzura, suavidad y gracia, sino tambien, cuando la ocasion lo requiere, valentía, *vivacidad, fuerzas*, *espíritu*, para expresarme con palabras del mismo Herrera. Léanse sus composiciones, y se verá que, en éllas, no escasean los pensamientos vivos y áun enérgicos, á par de otros muchos delicadísimos.

La diccion de Giner es siempre pura y correcta, y, con frecuencia, de una belleza tal, que no es fácil hallar quien le supere, si por un momento prescindimos de Gallego, que no tiene rival en esta parte.

En gusto y correccion artística, Giner fué siempre moratiniano. Apasionado amante de la forma, limaba no una ni dos, sino varias veces sus producciones, como atestiguan muchos pasajes del original; parecía no quedar nunca satisfecho: lo cual, unido á su extremada modestia, hizo que no se cuidase de publicar reunidas todas sus composiciones. El fondo de éstas le sacó su autor de los inagotables tesoros de la musa cristiana.

Complacíase nuestro poeta en la armonía imitativa del mundo exterior, pero sin olvidar lo principal, que son las ideas y el sentimiento. No falta quien mire como cosa baladí esa especie de armonía. ¿Y por qué? ¿por ventura no es un adorno que agrada, si se emplea con tino, y se evitan ridículas y ásperas onomatopeyas? Léanse las silvas V y VI de Giner á la Creacion: allí, porque el asunto se presta, es donde prodiga los ejemplos de armonía imitativa; pero ¡con qué gusto! ¡con qué delicadeza! ¡con cuánto acierto! Por de contado, que quien una vez las lea, repetirá muchas veces su lectura, para recibir otras tantas una impresion por demás apacible y deleitosa.

Otro género de imitaciones se observa de vez en cuando en Giner. Su estudio profundo de la Escritura y especialmente de los salmos, minero riquísimo de bellezas líricas de primer órden; el conocimiento que tenía de los clásicos de la antigüedad, especialmente de los latinos; el placer que sentía en la frecuente lectura de nuestros mejores poetas; todo contribuía de consuno á ofrecer á su memoria reminiscencias felices, de que supo aprovecharse, renovando algunos pensamientos, que vistió con estilo propio. Ni esto debe achacársele como defecto, habiendo hecho lo propio áun los poetas más eminentes.

Aunque las imitaciones de Giner se limitan por lo comun á tal cual pensamiento aislado y á alguna que otra descripcion, debo advertir que la armonía señalada con el número XXIV é intitulada *Esperanza en la proteccion del Señor*, es, como dice el original, imitacion de Horacio.

Por lo demas, Giner, cuando parafrasea, lo dice; cuando traduce, tambien lo advierte. A fuer de hombre recto, aborrecía todo lo que tuviera visos de centon; que un hombre de su valer, mal podía transigir con este género de supercherías.

Al frente de su obra van las *armonías* en número de veintiseis. Diré, antes de pasar adelante, que muchas de ellas son verdaderas odas; y tal es el nombre que dió el Autor á las que llevan los números VII, VIII, IX, XV, XVI, XVII, XVIII, XX, XXII, XXIII, XXIV, XXV y XXVI, es decir, á la mitad. De la otra mitad, hay varias escritas ya en estrofas, ya en silva, que merecen tambien el nombre de odas, y valen mucho más que algunas de las primeras.

En las silvas á la Creacion, tema ya tratado por otros, y con más extension y en cantos notables por el doctor Alonso de Acevedo (1), Giner es florido y pintoresco; en ellas hay descripciones rápidas, fieles, vivas é interesantes. Tambien hay alguna que otra bastante larga. Véase la del Etna, que es bellísima:

«¡Oh! ¡cómo esconde altivo en bosque umbroso
Los vigorosos piés, que reverentes
Besan sonando cristalinas fuentes!
Ufano en derredor su reino mira,
Y eleva placidísimo el semblante.

---

(1) Véase su poema de la «Creacion del Mundo» en el tomo XXIX de la Biblioteca de Autores españoles, publicada por Rivadeneira.

Empero ¡ay infeliz! ¡cómo suspira,
Al verse por do quiera circüido
Del ponto embravecido,
Del ponto, que le embiste resonante!
Ya arde su pecho en ira,
Y manda en voz sonora
Que al punto el gran Peloro se adelante;
Al Lilibeo tímido avigora,
Y él, indignado, intimidar procura
A la rabiosa Escila ladradora.
¡Cuál ruge! ¡cuál se irrita! ¡cuál rebrama!
En humo ora se envuelve, ora se inflama;
Ora, de fiero encono henchido el seno,
Por la garganta ardiente, espantadora
Súbito rompe en fragoroso trueno
Y lanza al éter rutilante llama.»

Las armonías VII, VIII y IX tituladas *Á la Fe, Á Jesucristo* y *La Muerte de Jesus*, son tres odas capaces de honrar al mejor poeta. Transcribo íntegra la primera de éllas:

«¿Quién en poder te iguala,
Divina, hermosa Fe?... Tu querer solo
Las belicosas haces desordena,
Los euros encadena
Y el rayo apaga en el turbado polo.
Tú imperas, tú trastornas
Del encumbrado monte la ardua cumbre;
Tú con benigna lumbre
De la tierra los ámbitos adornas.

»Mandas, y pavoroso
En la honda tumba revivir se siente
El pálido cadáver macilento:
Tanto puede tu acento,
¡Oh gloria del mortal, virtud potente!
Armado de tu nombre,
Cual de arnes fuerte ó de acerado escudo,
En fiero choque rudo
Alza sus glorias al Olimpo el hombre.

»Corriendo polvoroso
El fuerte hijo de Nun, en lid sangrienta
Vuelve la faz al cielo refulgente.
—«¡Oh Sol!»—exclama,—«tente;
Tente, y mi espada el amorreo sienta.»—
Así, miéntras en ira
Arde el fulmíneo acero, que devora
La raza pecadora,
Suspenso el sol al campeon admira.

»Asido de tu diestra,
Con pecho firme, de valor henchido,
Por el tendido mar tempestüoso
Céfas corre animoso.
No teme los furores ni el bramido
Del líquido elemento,
Que al nebuloso cielo se levanta;
Mas con segura planta
Las ondas huella, que embravece el viento.

»¡Oh! ¡cuánto al mortal débil
Sabes robustecer, hija del cielo!
¡Oh! ¡cuánto de su mente los errores
Lanzas con tus fulgores!
Si corres de tu faz el albo velo,
Si tu beldad ostentas,
Si bañas con fulgor el ancho mundo,
Al báratro profundo
El llanto triste y el error ahuyentas.

»Tal en el claro oriente
Con noble majestad álzase ufana,
Perlas vertiendo, la rosada aurora.
Su faz encantadora
El cielo inunda de arrebol y grana;
Todo de albor se viste;
Trinan las bellas aves vagarosas,
Y al orco huyen medrosas
Las negras sombras de la noche triste.

»Quien á tan clara lumbre
Los ojos levantar, oh Fe, rehusa,

Desnudo de virtud, en sombra envuelto,
Corre cual bruto suelto;
Sin freno sigue á la legion confusa
De míseras pasiones,
Que locas braman sin cesar consigo;
Ni el triste ¡ay! ve contigo
Del claro cielo los amables dones.

»Pues ríe alborozada
Contigo la alma paz; contigo ostenta
La plácida abundancia el rico seno
De gratos dones lleno;
Contigo su penar el triste ahuyenta.
La madre cariñosa,
Que en tu regazo á sus hijuelos mira,
De júbilo suspira,
Y canta tus bondades venturosa.

»¡Oh! nunca en raudo vuelo,
Torva y airada, por las culpas nuestras,
Del pueblo mío rápida te alejes.
Nunca, oh Virtud, nos dejes,
Si amor acaso á los iberos muestras.
Alzando aquí tu trono,
Rígenos sábia con amable mando,
Y escóndase bramando
El dolo, la ambicion, el fiero encono.

»Mira que, si te alejas,
Rabiosa la impiedad vomita enojos,
Fulmina en su furor la espada ardiente,
Y expira el inocente,
Volviendo al justo Dios los tristes ojos.
Yo vi en días aciagos
Frenética correr la plebe hispana,
Bullir, arder insana,
Y sólo muertes anhelar y estragos.

»¿La veis? ¿la veis?... Del templo
Rompe las sacras puertas, entra y hiere
Al fiel ministro ante las aras santas;

Y,—«¡Ah!»—dice,—«aquí do cantas
¡Gloria en la altura á Dios! infeliz, muere.»—
No más, que ya embargarse
La triste voz en la garganta siento....
Nunca el puñal sangriento,
Nunca, patria infeliz, ¡ay! torne á alzarse.»

El siguiente pasaje de la oda *Á Jesucristo*, recuerda otro del Apocalípsis:

«Arde en tu boca penetrante espada;
Fuego tus ojos son; es tu cabello,
Cual nieve, blanco y bello,
Y cual luciente sol tu faz serena;
Tu acento fragoroso,
Como bramido de los mares suena.»

Tambien se perciben acentos bíblicos en la estrofa que viene detras de la anterior:

«Dios eres, sí; Dios eres, que, enojado,
Te ocultas entre nubes, y levantas
La voz, y al hombre espantas;
Mas si con trueno y torbellino humillas
Al altanero, al pío
En arco bello de colores brillas.»

La Muerte de Jesus trae á la memoria la oda de Lista al mismo asunto, una de las buenas que se han escrito en castellano. Las dos primeras estrofas de estas composiciones de Lista y de Giner, tienen evidente parecido, y áun hay alguno que otro pensamiento en la del segundo, que recuerda otros del primero. Pero las bellezas de la oda de Lista, como ha dicho muy bien el Sr. Menéndez Pelayo, son más oratorias que líricas, al paso que las de la escrita por Giner son más líricas que oratorias. Por esto, á pesar de las imitaciones de Giner, cabe todavía formular esta pregunta: ¿cuál de los dos ha canta-

do mejor la muerte de Jesus?—Por mi parte, me limito á contestar aquello de Manzoni:

«.... Ai posteri
L' ardua sentenza» (1).

No extrañaría que álguien, despues de un cotejo escrupuloso, dijera que el poeta de Vallada vence en esta ocasion al sevillano, á quien por lo ménos disputa la palma, á guisa de esforzado y noble competidor.

La armonía X tiene el defecto de ser demasiado larga. En élla, Giner, contra su costumbre y carácter, deslíe varios pensamientos, llegando á faltarle á veces la inspiracion. Tiene, sin embargo, trozos buenos. Por ejemplo:

«¿Quién con tres dedos sostener alcanza
El globo, sino tú? ¿Quién ronco truena,
De torbellino y de pavor velado,
En las preñadas nubes, espantoso?
¿Quién turba con su voz el horizonte,
Y con mirar airado
El rayo enciende en el fragoso monte?
El aire ¿quién serena,
Señor de las borrascas imperioso?
¿Quién pompa da á los cedros? Y de grana
¿Quién viste la mañana?
De mil bellos colores,
Que el íris en el cielo acaso envidia,
¿Quién pinta por Abril las frescas flores?»
. . . .
«Si el abrasado Sirio congojoso
Sus fuegos despiado más aviva,
Viene á mi frente el céfiro risueño,
Y me ríe, y me orea, y halagüeño
Templa bullendo la calor estiva.»

(1) Il 5 Maggio.—Ode.

En la poesía mística, que resplandece con vivas lumbres en muchos cantos del P. Victorio, singularmente en las armonías XI, XII, XIII, XIV, XV y XVI, su inspiracion es casi siempre tan sentida y tan honda, que fuera de los conceptos de Fr. Luis de Leon, y de los encendidos y arrebatados sentimientos de Santa Teresa de Jesus y San Juan de la Cruz, no conozco nada en nuestro Parnaso que la sobrepuje ni áun la iguale.

Para probarlo, me basta copiar una cualquiera de las citadas armonías, v. gr., la XI, que dice así:

«¡Triste de mí! que en tanto
Que gimo y me lamento,
Mis abrasadas voces lleva el viento
Y crece el fuego santo!
Fuego es mi voz, y fuego es mi suspiro;
Fuego mi lloro, y mi mirada fuego.
Perdona, ¡oh Sacro Amor! mitiga luégo
La irresistible llama,
Que ya en ceniza reducir me miro.

¡Cómo mi tierno corazon se inflama
Cuando lo halagas tú! ¡cuando certero
La flecha le disparas encendida!
Si curas de mi vida,
Si cariñoso con tus hijos eres,
¿Por qué renuevas la doliente herida?
Con los dulces suavísimos placeres,
Que sobre mí benéfico derramas,
Desfallecer me siento.
Muero, si más me hieres;
Muero, si más me inflamas.
¿No ves que ya mis miembros se entorpecen?
¿Que lánguidos y tristes desfallecen?
¿No ves que ya mis párpados se agravan?
¿Y tú con tus saetas más me aquejas?
¿De qué me sirve el encendido lloro?
¿De qué me sirven las ardientes quejas?
Celestes nuncios de mi Dios, alados,

Que en armonioso coro
Cantais en las alturas
Sacros himnos de amor, de amor llagados,
Venid al ruego mío;
Venid; esparcid rosas;
Cercadme de azucenas, de amaranto,
De flores mil vistosas;
Henchid mi avaro seno
De rubias pomas de cercado ajeno.
Venid: muero de amor.... Sobre mi frente,
Jacintos deshojad, traed acanto,
Adormideras, sándalos, amomos.
Su gala erguido ostente
No léjos de mi lecho, aquí á mi lado,
El purpúreo narciso, la amapola,
Y tú, lánguida flor, honor del prado,
Que en tierna palidez puedes conmigo,
Puesta á mis labios, competir, vïola.
¿Quién sabe si en las flores,
Que la rïente primavera cría,
Encontrarán alivio mis ardores?

Vosotros, que sabeis la pena mía,
Amantes ruiseñores,
Venid tambien, cantad. Ven, oh jilguero,
Si acaso mueres, como yo, de amores;
Ven, vuela, canta en torno.
Oiga la umbría selva
Tus amorosos, regalados trinos,
Y el eco al punto á repetirlos vuelva.

La tortolilla errante,
Mirando triste al cárdeno occidente,
Con fatigada voz desfalleciente,
Cuando yo muera, cante;
Dé al rededor el céfiro un suspiro,
Y amigo bese mi nevada frente.
Así mi muerte sea,
Al fin cediendo al delicioso fuego.
Empero, Amado mío,
Antes tu rostro y tu fulgor yo vea.

¿Me engaño?... Nuevo tiro
Llagó mi corazon. Él es.... ¡Oh Amado!
Mi vista, ya turbada, á ver no alcanza
Tu risa y dulce agrado,
Tu fúlgido semblante.
¿Dó estás, dó estás, Amante?
Ven, ven, consuelo mío;
Ven, ven, Amante hermoso;
Los labios tuyos con los míos toca,
Y ántes que expire yo, logre dichoso
Los besos de tu boca....»

¡Qué suavidad! ¡qué dulzura! ¡qué trasportamientos del alma abrasada en el amor divino! Á esas cumbres sólo pueden llegar poetas privilegiados. ¿Ni qué otros asuntos más hermosos y poéticos puede cantar la lira del hombre?

Despues de repetidas lecturas de esa y otras canciones de Giner, y de frecuentes cotejos con las mejores de su clase, no dudo en afirmar que nuestro poeta es en nuestro siglo, como ya indiqué ántes, el rey de la poesía ascética y áun de la mística, la más encumbrada y difícil.

Sabido es que Horacio, en sus inmortales odas, usó de bastante variedad de metros y combinaciones métricas, de las cuales hay en nuestro Parnaso dos clases de imitaciones: unas, que llamaré *remotas;* y otras, *próximas* ó *directas.* Entre las primeras, pongo la estrofa y el cuarteto de Francisco de la Torre, el cuarteto y una de las liras de Francisco de Medrano, etc.; y entre las segundas, figura en primer lugar la estrofa sáfico-adónica, una de las formas eólicas favoritas de Horacio, introducida en España por el sabio arzobispo de Tarragona D. Antonio Agustin (1).

(1) Lo demuestra el eruditísimo é ilustre catedrático de la Universidad central, D. Marcelino Menéndez Pelayo, en su áureo libro «Horacio en España.»

Forma eólica es tambien la estrofa *alcáica*, llamada *horaciana*, por ser la predilecta del vate de Venusa. No sé que ningun poeta español, ántes del P. Victorio Giner, haya tratado de enriquecer con élla nuestra métrica, ya tan abundante en bellas combinaciones. Giner lo intentó en la armonía XIII, saliendo airoso de su empeño.

Léanse algunas estrofas:

«En torno miro.... Mis ojos ávidos
Ardiendo inquietos, Dios, se derraman;
Y aquí no te ven: no aquí brilla,
Altísimo Jehová, tu alcázar.

»No aquí la risa, la paz, el júbilo,
Los sacros coros, las liras santas,
Los dulces, armónicos himnos,
Que alígeros serafines cantan.

»Sólo alaridos, combates hórridos,
Furor y muertes y estrágo y llamas;
Aquí tempestad, roncos truenos,
Igneo rayo que la nube rasga.»

No se puede llevar más adelante la imitacion.

Tambien imita con perfeccion suma la cadencia especial de las poesías latinas de su clase, la armonía XIV, escrita en sáficos leoninos y adónicos, con gracia y suavidad encantadoras. No es altisonante, sino lo que debe ser, dado el epígrafe que lleva al frente. Así comienza:

«Tú, que del alba la naciente lumbre
Plácido miras en el alto cielo,
Cuando su vuelo la avecilla errante
Alza trinando;

»Si al ver pomposo, rutilante adorno,
Te complacieras, Jehová potente,
¡Cuán diligente, requiriendo aliños,
Me engalanara!»

Por no hacerme difuso, dejaré de examinar una por una las armonías que siguen; pero no puedo menos de hacer especial mencion de la XV, corregida por su autor en 1853, para ponerla en el álbum del Sr. Baron de Andilla; de la XVI y de la XIX, magnífico romance, que bien puede sostener el parangon con el mejor de su género que se haya escrito en nuestra lengua.

Siguen á las armonías una buena *epístola* en verso libre, una delicada *cancion*, un *canto* excelente sobre la batalla contra los persas y fin aciago de Juliano el Apóstata, otro muy bueno sobre *Los Padres del Limbo*, otro notable sobre *El Triunfo de la Cruz*, y una *egloga* sagrada, que parece empapada en exquisitas esencias y suavísimos perfumes.

El cántico de Moratin *Los Padres del Limbo*, con ser primoroso, queda inferior á la poesía del mismo título ántes citada.

En *El Triunfo de la Cruz*, el poeta introduce á Luzbel hablando de este modo:

«¿Quién como yo?» decía. «Si el Tonante
Con encendida diestra, en hora aciaga,
Arrolló mi altivez, tiemble en su trono;
Que hora feroz mi númen se levanta.

»¿Quién es del orbe el domador sañudo?
¿Quién del horrendo Tártaro el monarca?
¿Quién turba fiero la region serena?
¿Y quién, en formal mil, al hombre espanta?

»De voraz buitre, si me place, tomo
La breve cola y las tendidas alas;
Y, libre remontándome, sorprendo
Al descuidado príncipe en su alcázar.

»Y si ostentarme quiero raudo noto,
Hiendo los senos de la nube parda;

Y allí bramo, allí trueno, allí me agito
Y enciendo las horrísonas borrascas.

»En vano el hombre, en su temor, me ruega;
En vano besa con temblor mis aras,
Y flébil hiere con segur medrosa
Al mamon choto y trepadora cabra.

»En vano implora mi favor.... Mis iras
¿Acaso con las lágrimas se apagan?...
Las negras furias, que mi planta besan,
Estrago y muerte y destruccion derraman.

»Volad, hijas del Orco; mi hondo lago
De víctimas henchid despedazadas.
Que vea el hijo de Jehová mis fuegos,
Y allí que gima, que solloce y arda.»

Las *Meditaciones* de Giner rebosan de uncion religiosa, y tienen aquel sabor místico que tan bien cuadra á este género de poesía. Son breves, superiormente escritas, y de una armonía tan dulce como severa. Debo añadir á esto que el poeta *medita* sin *filosofar*, evitando cautelosamente el escollo en que han naufragado algunos poetas líricos. Léase la quinta:

«¡Oh Artífice divino! ¡oh Dios excelso!
Si tu robusta diestra no me tiendes,
¡Ay triste! la obra tuya primorosa,
Cual humo al fuerte viento, desparece.

»¿Ves de la Alhambra las soberbias torres,
Que al cielo erguidas van? ¿Ves cuál sus frentes,
Sin el apoyo de tu brazo, tiemblan,
Y al hondo campo con estruendo vienen?

»Pues ¿cómo respirar sin tus auxilios
Podrá, Dios de clemencia, el polvo leve?
Mira y atiende, oh Dios; para labrarme,
La frágil masa que elegiste, advierte.

»No te aplació, Señor, osado escollo,
No duro pedernal, no hierro fuerte:
En lodo vil bellísimos primores
Sabio ostentar y artificioso quieres.

»¡Cuán ágiles tus dedos laborean
La ruda informe masa! ¡Cuán lucientes
Del rubio infante los ojuelos labras!
¡Cómo la rueda con la planta mueves!

»Formaste un niño ya bello y gracioso,
Cual el rocío que la aurora vierte;
Cual cándido jazmin, cándido y puro;
Y cual fulgente sol, claro y fulgente.

»Salud, niño, salud. Dulce riendo,
Ciega te sirva la voluble suerte;
Crece, cual planta que las aguas besan;
Siempre halagado, pequeñuelo, crece.

»Conoce á tu Hacedor. Por sus caricias,
Empieza, bello infante, á conocerle.
Su plácido mirar, su risa amable
Tus breves días de dulzura llenen.

»Conoce á tu Hacedor. Mírale en tanto
Que la veloce rueda á agitar vuelve:
Gracioso, como tú, labra otro niño,
Cuya nevada faz con rosa enciende.

»Mas ¡ay! sañudo mira al rapazuelo,
Que olvidando su orígen se envanece,
Y arrójale con ímpetu, y en polvo
La donosura y la beldad convierte.

»¡Qué tristes reflexiones se despiertan,
Justo Señor, en mi azorada mente!
¿Será que la pujanza de tu brazo
En este vaso frágil tambien pruebes?

»Espera un poco, ¡oh Dios! que de perfumes
Vacío me hallarás; ántes, clemente,

Derrama á manos llenas tus aromas,
Y el licor dulce que te agrada, vierte.

»Y plazga luégo á tu bondad que el vaso,
De olor henchido, sin fragor se quiebre,
Y el aromoso espíritu á tu trono
Sobre las alas de los euros vuele.»

Los *Himnos* del P. Victorio son tan dulces y musicales, tan frescos y lozanos, que parecen entonados por un ángel. Diccion, versificacion, estilo, formas, pensamientos y sentimientos, todo es aquí escogido, galano, perfecto. Merecen recomendacion especial el primero, segundo y tercero *Á la Divinidad*, el quinto, rotulado *Cancion eucarística*, de mucho movimiento lírico, y el octavo *Á la Purísima Concepcion.*

Á los nueve *himnos* siguen un *cántico*, una *cantilena* y dos *diálogos.*

Las *anacreónticas, letrillas* y *romances* de Giner bastarían para darle el título de poeta dulce, tierno y castizo. Unas y otros son dignos de Meléndez; si bien éste solía, en tales composiciones, tratar asuntos amorosos, y Giner asuntos sagrados.

Cierran seis romances el primer libro de poesías que voy examinando.

El segundo libro contiene muchas, por lo regular de corta extension, la mayor parte de las cuales debe ser considerada como puros pasatiempos ó juguetes líricos, á que el Autor no dió ninguna importancia. En él hay, sin embargo, no pocas lindísimas. Y es que los buenos poetas saben imprimir cierto sello de originalidad áun á los cantos más sencillos.

En el libro tercero se hallarán perfectamente traducidos algunos salmos de David, y traducidos más

ó ménos libremente muchos otros del *Salterio de la Vírgen*, atribuído á San Buenaventura.

Sabido es que en España carecemos de una buena version poética de todo el Salterio de David. Si el piadoso D. Tomás González Carvajal hubiese tenido las facultades de Fr. Luis de Leon, poseeríamos tiempo há la mejor traduccion de todos los cantos del Rey Profeta. Despues del inmortal agustino, quizas nadie ha reunido tantas prendas y recursos para llevar á cabo tan ardua empresa, como el doctísimo y piadosísimo escolapio P. Victorio Giner. Confirman esta mi opinion sus traducciones de algunos salmos, las cuales son, sin disputa, de las mejores que se han escrito en nuestra lengua.

Hé aquí la del salmo XLI:

«Como de clara fuente el raudal frío
Beber anhela el fatigado ciervo,
Así, de tu belleza enamorado,
Ver tu semblante, mi Señor, yo anhelo.

»Del Dios de fortaleza, del Dios vivo,
Ansioso está mi espíritu sediento:
¿Cuándo vendré, Señor? ¿cuándo gozoso
Veré tu rostro rutilante y bello?

»El pan de la amargura, día y noche
Cómo mezclado con mi llanto acerbo,
Miéntras que cada día mis contrarios
—«¿En dónde está tu Dios?»—me dicen fieros.

»De tal insulto la memoria triste
Conmigo á solas ¡infeliz! renuevo,
Y dentro el alma mía se derrama,
Y de tristeza consumirme siento.

»Tal vez tu tabernáculo admirable
Inflama con su gloria mis deseos;

Que al fin yo le veré, llegaré un día
Hasta la casa de mi Dios excelso.

»Sonoras voces de festivos coros
Oir ya me parece, y que hasta el cielo,
Cual de festin sagrado en la alegría,
Su canto eleva clamoroso el pueblo.

»Mas ¡ay! ¿por qué, alma mia, así te afliges?...
¿Por qué así me conturbas?... Blando y tierno
Es el Señor, mi Dios; en él confia,
Que yo sus glorias entonar espero.

»Acaso, oh Dios, mi corazon turbado
Me recuerda el lugar de tus consuelos,
La fresca orilla del Jordan undoso,
La falda amena del Hermon pequeño.

»Mas rásganse con hórrido estampido
De pardas nubes los preñados senos;
Sobre mí vienen con fragor tus ondas,
Y entre turbiones inundarme veo.

»Y ¿qué? veré brillar al fin el día,
Descender tu bondad en raudo vuelo,
Y en apacible, silenciosa noche
Podré á los cielos elevar mi acento.

»En tanto, al Dios que me protege pío,
Diré con hondo, fervoroso ruego:
—«¡Oh dulce amparador! ¿por qué me olvidas?
¿Por qué mis pasos con angustia muevo?

»Mira que me atribulan; se quebrantan
Con el impío zaherir mis huesos,
Y al repetir mis pérfidos contrarios
¿En dónde está tu Dios? ¡ay! desfallezco.»—

»¡Alma mia infeliz! ¿qué, di, te aflige?...
¿Por qué así me conturbas?... Blando y tierno
Es el Señor, mi Dios: en él confia,
Que yo sus glorias entonar espero.»

Los breves y ligeros cantos del *Salterio de la Vírgen*, al pasar por la pluma de Giner, quedan notablemente mejorados.

Terminan las obras poéticas de nuestro vate con algunas composiciones latinas, entre las cuales sobresalen la oda á San Vicente Ferrer y la paráfrasis del *Miserere*.

Copio de la oda:

«In nos quid ullus, si ruat, impetus
Possit? Quid, austri turbine fervidos
Tollente per pontum tumultus,
Unda furens minitansque lethum?

»Flagrans supernis gaudet amoribus
Infracta virtus: dulce sonantibus,
Te in vota, Vincenti, vocantes,
Concinimus tua facta chordis.

»Nam tu levamen, tu medicamina,
Tu fers salutem pronus ab æthere;
Tu nos domaturum tyrannum
Fulminibus metuendus urges.

»Ah! Civitatis non eris immemor,
Si nutet orbis; dum quatitur tremens
Urbs funditus, Montesiana
Fracta ruunt, resonantqua tecta.»

De la paráfrasis:

«Me miserum! quanta culparum mole gravatus,
Languida ad æthereas lumina tollo plagas!
Pectora torpor habet; noctesque diesque trementem
Eructat gemitum, corde micante, dolor.
Et flentem refugis? pallentia respuis ora?
Nec, Deus alme, meas jam bibis aure preces?
Heu! tandem miserere mei, miserere precantis:
Te, Deus, in magno mitius orbe nihil.
Tota fluat plenis tua mî clementia ripis,
Noxarum fœdos abluitura situs.

Memet idem munda; optatis me prolue lymphis
  Amplius, ac turpans excidat omne mihi.
Sic animi sordes, iterumque iterumque rogatus,
  Ut speciosus amer, terque quaterque lava.
Erumpo in lacrymas; transfixus corda timore,
  Quæ te non fugiunt, hæc tibi prodo mala.
Nec scelerata puto verbis fucanda dolosis:
  Sangineum nosco confiteorque scelus.»

Voy á terminar con algunas observaciones.

Giner escribió gran parte de sus versos, al mismo tiempo que Arólas conquistaba con los suyos merecida celebridad. Ambos eran compañeros y hermanos de religion; ambos habian recibido en el claustro la misma educacion literaria; ambos respiraban la misma atmósfera. Y sin embargo, ¡qué diferencia tan grande entre los dos poetas! Arólas, que rebosaba de inspiracion y tenía una vena inagotable, cantaba á todo con la misma facilidad, así los amores mundanos como los divinos, á la mujer como al ángel, al hombre como á Dios; su alma recibía y trasmitía todo género de impresiones, de imágenes, de bellezas; y su númen creador se revelaba en multitud de leyendas, y de poesías religiosas, amatorias, caballerescas y orientales: la perezosa musa de Giner apénas cantó mas que asuntos religiosos. Para Arólas, la poesía era una ocupacion formal, una necesidad; para Giner, un pasatiempo. Aquél era primero poeta, y despues escolapio; éste, ántes que todo, era escolapio, y despues poeta y artista. Arólas, llevado del incesante afan de versificar, descuidaba la lima, siendo con frecuencia incorrecto, difuso, amplificador, y, por consiguiente, lánguido; Giner, que sólo en una silva dejó de ser sobrio y conciso, brilla siempre por su estilo puro, terso y acicalado. Arólas,

como Zorrilla y casi toda la brillante pléyade de poetas sus contemporáneos, siguió más de una vez las huellas de Víctor Hugo; y entrando en las anchas vías del romanticismo, produjo, á vueltas de mucho bueno, algo tan descosido y tan libre como *La Sílfida del Acueducto*: Giner se propuso por modelos á los antiguos, y se atuvo á la rígida estrechez de los viejos preceptistas. El primero nunca desdeñó enteramente las licencias de la escuela romántica; el segundo nunca rompió las trabas de la escuela clásica. Es decir, que ni Arólas abandonó sus tendencias, ni Giner las suyas. Hé aquí por qué ofrecen tan diferente fisonomía.

La suerte ha sido tambien muy desigual para los dos poetas. Muchos años ántes de morir el desgraciado Arólas, víctima de enajenacion mental, su nombre, repetido por la prensa, era conocido y aplaudido en ambos hemisferios por los mejores literatos. Vivo, los editores de periódicos, de revistas y de libros le asediaban; muerto, siguen repitiéndose las ediciones de alguna de sus obras, y el Sr. D. Juan Mariana y Sanz, reuniendo una gran parte de lo que no estaba compilado y andaba disperso en folletines, hace una edicion lujosísima en tres tomos, que contribuye poderosamente á consolidar y acrecentar la justa fama del cisne del Turia.—Giner murió dejando varios cuadernos, que fueron á parar á manos de sus superiores. Al cabo de ocho años, salieron á luz sus poesías. La edicion fué de dos mil ejemplares. ¿Y qué ha sucedido? Pena me da el recordarlo. Sólo un periódico de Valencia habló del poeta y de las poesías, copiando mis apuntes biográficos y críticos; los demás no les consagraron, que yo sepa, ni un recuerdo. No se ha enviado un solo ejemplar

para la venta ni á Madrid, ni á Barcelona, ni á Sevilla, ni á ninguna otra parte. Pocos saben que vino á este mundo y salió de él, hace ya tiempo, el P. Victorio Giner; el cual, por todas estas razones, está hoy tan oscurecido, como cuando vivía retirado en su celda. Entretanto, un jóven admirable por su profunda ciencia, crítica segura, y exquisita y recóndita erudicion, publica su preciosísima obra *Horacio en España.* Y en esta obra que resucita nombres muertos, y pondera y encomia otros no bien apreciados, en esta obra en que se debían haber consagrado muchas páginas á Giner, ni siquiera se le nombra, como si Giner no hubiera existido.

¡Caprichos de la suerte! Algo parecido le sucedió al insigne lírico catalan D. Manuel de Cabanyes, si bien en menor grado; porque de Cabanyes, bien ó mal, habló Hermosilla, y áun Quintana hizo honrosa conmemoracion. Posteriormente, el gran vate de Villanueva y Geltrú ha sido estudiado y juzgado, como se merece, por críticos tan ilustres como los señores Milá y Fontanals y su discípulo Menéndez Pelayo. Pero ¿quién ha juzgado públicamente hasta hoy al distinguidísimo poeta P. Victorio Giner?... Sólo su humilde y oscuro discípulo

HERMENEGILDO TORRES.

Játiva, 10 de Agosto de 1879.

ÍNDICE.

SONETOS.

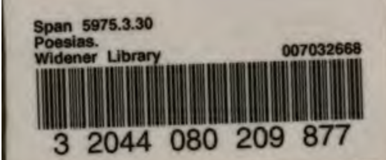
CANTO.

APÉNDICE.

ERRATAS.

Pág.	Lín.	Dice.	Debe decir.
27	5	desterrado.	desolado
27	6	valle.	mundo
28	17	confuso.	revuelto
69	13	Ofrecen reverentes..	Ofrecen, reverentes,
115	11	triste.	grave
141	4	al encono.	el encono

Precio: 2 pesetas en toda España.


Span 5975.3.30
Poesias.
Widener Library
007032668
3 2044 080 209 877

